



el rostro de la maldad

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



VIC LOGAN

EL ROSTRO DE LA MALDAD

Colección **PUNTO ROJO** n.º 668
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 52.811 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1975

© VIC LOGAN - 1975

texto

© SALVADOR FABA - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.270 — Misión en solitario.

En Colección PUNTO ROJO:

665. — Lo sabían tres.

En Colección ASES DEL OESTE:

652. — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888. — Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

863 — Siembra de violencia.

En Colección BRAVO OESTE:

584. — Parejas de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

864 — Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

877. — La muerte visita Wyoming.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

207. — Como lobos hambrientos.

CAPÍTULO PRIMERO

Lo que Richard podía recordar con más nitidez era el entierro. Un entierro triste, en día lluvioso. La comitiva. La soledad del camposanto y la figura enjuta del profesor Randolph Squaw.

Una larga comitiva había desfilado para darle el pésame, y Randolph, inmóvil, como insensible a las palabras sobadas, a las frases hechas, permaneció hasta el último momento, hasta quedar solo.

Richard acudió a él para palmearle la espalda, sin palabras. Con su silencio, había dicho mucho más que los otros.

Sí... Richard podía recordar esa escena del desolado cementerio, incluso las palabras que intercambió con el profesor:

—No debe desalentarse...

—¿Desalentarme? —Fue la réplica de Randolph—. ¡Je!

Era un hombre de unos cuarenta años, de rostro amargado, frente arrugada, envejecido prematuramente. Un hombre entregado al trabajo.

—Es un asco, Richard. Todo es un asco. Trabajar, trabajar... ¿Para qué...?

—Tómese un descanso, Randolph —había dicho Richard...

—¡Claro, Richard! ¡Claro que me voy a tomar un descanso! En el fondo, nunca viví feliz... Trabajar siempre. Del laboratorio a casa..., para encontrarme con Evelyn... —Y miró a la tumba con cierto desdén—. ¡Evelyn! —exclamó—. Ahora descansa en paz... Una paz que seguramente ha ganado..., pero no a costa mía. ¡Yo hice lo que pude...! Hice todo... ¡Todo para triunfar!

—Evelyn era una gran mujer... —había dicho Richard, sin demasiado convencimiento.

Por eso la respuesta del profesor no le sorprendió.

—Evelyn nunca me comprendió. Murió porque le llegó su hora. A todos nos tiene que llegar, pero Evelyn jamás me comprendió. Y

eso es lo que más me duele, Richard... Haber luchado en vano...

Luego, salieron del cementerio, entre las brumas de la lluviosa y desapacible mañana.

Randolph siguió hablando. Estaba abatido, pero no por el luto de la viudez; era un hombre vencido, acabado, un hombre deseoso de empezar una vida nueva, asqueado por todo lo que le había sido dado vivir hasta aquel momento.

Randolph dijo:

—No tengo dinero. Evelyn llegó a odiarme tanto, que dejó todas sus libras a una institución benéfica... No... No pienso reclamar. El dinero era suyo, y jamás le pedí un céntimo... Viví de lo poco que conseguí ganar con mis investigaciones... Aún me queda algo; no es mucho, pero empezaré a vivir...

—Profesor...

—Lo siento por ti, Richard... Tenías un excelente porvenir, pero te equivocaste de maestro. Lo dejo todo. Venderé el laboratorio, todo. Ahora viviré...

—Sé que todo cuanto yo podría decirle en estos momentos...

—¡No! —atajó Randolph—. No digas nada, Richard. Está decidido. ¡Se acabó todo! Luché por una persona a la que quise... Ahora esa persona ha muerto. Ha muerto, reprochándome mi fracaso...

—Usted no ha fracasado... Su nuevo invento... Su fórmula...

—¡Bah! Olvídalo. Un fracaso como todo lo demás... Sin dinero ni medios, no se puede triunfar.

—¡Oh, profesor! Está usted viviendo una crisis que...

—¡No, Richard! Jamás he hablado tan en serio... Lo siento por ti. Te quedas sin empleo. En el fondo, sales ganando. Ya verás... ¡Y escucha un consejo! Recuérдалo siempre. En la vida, lo más importante es vivir, aprovechar el tiempo... Pasa muy de prisa y llega la vejez... Vive, muchacho, vive... Tú eres joven aún...

Y Randolph desapareció en la bruma... Luego, Richard adivinó que había tomado el automóvil, alejándose por el sendero del cementerio hacia la salida.

Recordaba, también, que había quedado solo, en medio de las tumbas, de los oratorios, de la muerte...

Era como una pesadilla...

Luego...

¿Qué hizo luego?

Le envolvía aquella bruma... Una bruma que emanaba de su cerebro, fundiéndose con las neblinas de la necrópolis.

—¡Profesor! ¡La llave! —Había gritado como un imbécil, en medio de la soledad.

Esgrimía una llave. La llave del laboratorio. Su centro de trabajo, del que acababa de ser despedido.

La llave...

Aquella bruma de su mente le impedía seguir recordando con más claridad.

Sí... Recordaba que había tomado su coche color rojo, y que se había dirigido a la ciudad.

Entró en un bar, pidió algo para calentar el estómago, y ahuyentar el frío que impregnaba sus huesos.

Hizo una llamada telefónica.

—¿Edda? Creo que... que no podré verte esta tarde. No sé... No estoy seguro. Quiero hacer algo... Me he quedado sin trabajo.

Y la voz que le llegó del otro lado del hilo respondió:

—¿Edda? ¿Por qué me llamas Edda? ¡Richard! ¿Qué te ocurre?

—Nada, Eva, perdona. —Y colgó.

Una muchacha sonrió a su lado.

Una muchacha de cabellos platino, que le tomó por el brazo y le susurró:

—Eres un cínico.

—Estoy aturdido, Edda —murmuró el joven.

Sí. Edda era la chica que tenía a su lado. La imponente secretaria de su jefe, el profesor Randolph, una muchacha provocativa, que se complacía en ser admirada.

—Olvídate del jefe. Ahora eres libre. Estabas obsesionado... Ya ves... El mismo lo ha confesado. No vale la pena trabajar. Era un infeliz. Ni siquiera le comprendía su propia mujer... ¡Hay que vivir, Richard! Tú eres joven... Y yo también, Richard... Hoy es un gran día...

No... Richard no acababa de comprender lo que había ocurrido. Iba al lado de aquella mujer. ¿Por qué?

—Lo que te ocurre, Richard, es que sigues el camino de Randolph. Envejecerás prematuramente. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiocho... —había respondido él, como un autómatas.

—El viejo tenía cuarenta. Cualquiera, a su edad, hubiese presumido; pero ya ves, parecía que tenía cincuenta o más. No vale la pena envejecer sin recompensa.

Richard recordaba también que se habían ido juntos. Ella insistió en ir a bailar... Quería que Richard se sustrajera a sus pensamientos..., quería hacerle «el favor» de divertirse...

¿Fue la exuberancia de Edda la que influyó en todo lo que ocurrió después?

Pero... ¿qué fue lo que ocurrió realmente...?

A partir de ese momento, los pensamientos de Richard se volvieron más confusos.

Había estado bebiendo y meditando las palabras de Edda, que aún repiqueteaban en su mente:

«La vida hay que vivirla...».

Y la voz de Edda, se mezclaba con la del profesor Randolph Squaw:

«Eres joven..., vive la vida. Yo no he vivido».

Richard recordaba haber tomado la llave de su bolsillo. La llave del viejo laboratorio del profesor, en aquel subterráneo de Sunset Street...

—Tengo que ir... —había pensado.

«Tengo que ir», se había repetido.

Dejó a Edda. La dejó riéndose con otros amigos en un *dancing-bar* de la Moratone-Street, cerca de la Regency Square, y caminó, obseso, hacia el laboratorio.

Recordaba la última fórmula del profesor Randolph...

«Espero no haber descubierto el Paraíso terrenal», había dicho Randolph.

Randolph estaba trabajando en el perfeccionamiento de aquella extraña fórmula, descubierta al azar.

Richard pensaba en los resultados. Había algo obsesivo en su mente.

Entró en el laboratorio.

Quizá sería la última vez. Randolph había decidido abandonarlo todo. Y él. —Richard— una vez dentro, se sintió como dueño absoluto de un sueño. ¡Aquello era completamente suyo!

Todo lo que había debajo de los cinco escalones: Fórmulas,

líquidos, probetas y retortas...

Quizá no eran más que ilusiones enterradas entre las húmedas paredes.

Ahora ya no pertenecía a nadie. El profesor había dicho que lo abandonaba todo.

¿Qué fue lo que sintió realmente Richard, en aquel recinto sagrado?

Tenía una obsesión. Tocar lo todo. Trabajar.

Y la fórmula, la última fórmula del profesor Randolph.

¿Qué tenía de mágico aquella fórmula?

Sí. Debía tener algo que le atraía como..., como el hierro al imán...

Todo eran brumas en el cerebro de Richard. Brumas cada vez más densas. Apenas podía recordar.

Sólo frases del propio Randolph..., frases amargas, cínicas, burlonas, palabras llenas de despecho, que contrastaban con las de Edda, la coqueta y temperamental Edda, una muchacha «hecha para el amor».

Richard había preparado la fórmula... La «cosa mágica»...

—Lo mismo puede hacernos ricos que... —El profesor no había concluido el final de la frase.

—¿Qué contiene ese preparado, profesor? —había preguntado Richard.

La respuesta fue escalofriante. Escalofriante para el joven:

—Contiene la vida, muchacho. La vida...

La fórmula estaba ya a punto. Richard se decidió a experimentarla por sí mismo.

Sí. Recordaba, también, la extraña excitación que sintió al tomar la probeta entre sus manos, y luego acercarla a la boca...

Los pensamientos se le volvieron cada vez más confusos, a partir de ese momento de sus recuerdos. Era como si una densa niebla se interpusiera entre sus ojos y las imágenes que hasta entonces había estado reviviendo.

¡Y tenía que Recordar!

¿Qué había ocurrido después?

Sí... Había algo. Una llamada telefónica, cuando estaba tomando el preparado.

«¿Quién puede llamar? —se había preguntado—. El laboratorio

tenía que estar solitario... ¿Quién llamaba, pues?».

Sintió un ligero desmayo. ¿Acaso por efecto de la pócima que acababa de tomarse?

No estaba muy seguro de que las piernas le hubiesen aguantado para dirigirse hacia el teléfono, pero recordaba la voz, las palabras.

—¿De modo que tenías prisa para ir a encerrarte en ese cuchitril, eh?

—¿Quién es...?

—¿Ya no me recuerdas? ¡Qué mala memoria!

—¡Oh, sí! ¡Edda!

Estaba seguro. Era Edda.

Pero ya quedaba muy poco que recordar, casi nada. Un largo paréntesis hasta la medianoche o poco más, y luego...

Luego, otra vez las brumas, el autobús que había tomado como un sonámbulo. Pensaba en aquel trayecto que efectuó hasta la River Street, y se veía a sí mismo como flotando entre nubes de algodón. Era «él», pero veía a otra persona, casi a un desconocido.

Entonces salió del autobús, y recorrió parte de la calle, en dirección al número 42. Era una de las casuchas que estaban frente al río, entre locales de almacenaje y solares llenos de escombros.

Aquella casa todavía se salvaba de la mugre general en que estaba envuelto el barrio.

La casa que Eva compartía con otro par de amigas, cuyo interior, adecentado, ofrecía un aspecto hasta coquetón, totalmente opuesto con la fachada y el emplazamiento del lugar.

Aporreó la puerta insistentemente, y apareció Eva, enfundada en una bata.

—¡Richard! ¿A estas horas?

No recordaba exactamente qué le había contestado, sólo sabía que entró como un alud.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué ha pasado?

El se derrumbó sobre el sofá del gabinete. Era la cama de Eva, y estaba aún caliente.

Eva se había aproximado a Richard, y él alargó los brazos. Tiró de ella, y la bata de la muchacha se abrió.

—¡Richard! ¡Estás loco! Susan está durmiendo, y Glenda va a llegar de un momento a otro.

—Te necesito, Eva. Te necesito más que nunca.

—Richard, Richard... Estás borracho.

En cualquier circunstancia, Eva hubiese aceptado besos y caricias, pero no en mía ocasión en la que Richard parecía poseído de un espíritu demoníaco, preso De un ataque de virilidad.

—Te necesito, Eva... Necesito decirte lo mucho que...

—Por favor, Richard. Repórtate.

Era casi una lucha, aunque él se contenía para no dañarla, como si estuviera consciente de su estado anómalo.

—Aquí, no, Richard. Mañana... Mañana hablaremos. Has bebido.

—No, Eva. Ni una sola gota. Te lo juro.

Se levantó, buscó algún lugar, lejos de la presencia de la compañera de Eva, y se dirigió hacia la puerta del baño, cogiéndola por el brazo.

—Richard, tienes que irte.

El cerró la puerta. La miró. Sí, Recordaba haberla visto entre una aureola extraña, borrosa.

—Te quiero. No deseo que interpretes mal mi comportamiento. Necesito estar contigo. Tú eres la única persona. La única que puede comprenderme. Esta noche no puedo estar solo, Eva. Ayúdame.

—Richard. No puedo salir ahora...

—Ven a mi casa.

—No... Mañana tengo que trabajar.

—Te lo pido.

—Richard. Tómate un calmante, acuéstate, y mañana te encontrarás mejor.

El sudaba, Eva se dio cuenta. Le pasó una mano por la frente.

—Dios mío, estás ardiendo...

—Ayúdame. —La voz de Richard se volvió ronca—. Tú eres enfermera.

—Lo que tú necesitas es un médico.

El se había sentado sobre el borde de la bañera. Miraba a Eva. En ningún momento había dejado de clavar sus ojos en el cuerpo de la muchacha. La amaba. La amaba de veras.

Quizá en aquel instante recordó pretéritas conversaciones.

—Cuando las cosas vayan mejor, podremos hacer planes... —había dicho, como forma velada de anticipar sus intenciones con ella.

Interiormente, había pensado otras veces:

«Cuando mi situación mejore, le pediré que sea mi esposa. Ahora, no puedo... Tendríamos que pasar estrecheces; pero, en adelante, las cosas tienen que ir mejor. Lo sé...».

Eva rompió el silencio. Quizá la actitud de Richard, su fiebre, su forma aturdida de comportarse, le hicieron comprender que estaba falto de ayuda.

—No puedo ir a tu casa... Sabes que tu casera tiene prohibidas las visitas femeninas, y aquí tampoco puedes quedarte...

—La casera no se enterará, Eva —murmuró él, como un autómatas.

Casi no recordaba cómo salió de la casa. Sabía, eso sí, que iba del brazo de Eva, la cual se había vestido apresuradamente, y oyó la voz de la compañera que, medio adormilada, le preguntaba:

—¿Qué ocurre? No dejo de oír ruidos... ¿Qué haces? ¿Te vistes? El seguía en el baño, con la puerta entreabierta.

—Tengo que ir al hospital —mintió Eva a su compañera—. Seguramente, no regresaré.

—¡Oooh! Buenas noches —replicó la soñolienta Susan.

Luego, en la calle, el frescor húmedo de la madrugada le hizo estremecer.

—¿Y el coche? ¿Dónde tienes el coche? —Inquirió Eva.

—He venido en el autobús —fue la réplica del joven.

Intentó forzar la memoria, y recordó cómo subieron él y Eva los peldaños de madera hasta el segundo piso de la casa donde residía. Disponía de dos piezas, que antaño habían formado parte de una residencia señorial, ahora subdividida en cuatro apartamentos por planta. El ocupaba el número 24, en el ala oeste.

Abrió la puerta, y dio la luz. Ella cuidó de cerrar, y fue directamente al botiquín, donde buscó algo.

Había un tubo de tranquilizantes, y dudó de utilizarlo. Entre los fármacos encontró un antipirético.

—Acuéstate. Te prepararé un té, y tomarás un par de esas píldoras para rebajar la fiebre.

—Ya me encuentro mejor... Creo... creo que tengo menos fiebre.

—De todas formas, tómate esas píldoras. Voy a preparar el té.

—Siento haberte causado ese trastorno. No sé... No sé lo que ha podido ocurrirme.

Ella encendió el hornillo eléctrico, y colocó el agua en la tetera, buscó el té y, mientras esperaba a que el agua hirviera, regresó al gabinete.

—¿No sabes lo que ha ocurrido? —inquirió.

Richard negó con la cabeza.

—¿Dónde estuviste?

—Fui al laboratorio.

—¿Has estado trabajando?

—No.

—Bien... ¿Qué hiciste allí?

—Nada en concreto.

—Me llamaste por teléfono para decirme que tenías que hacer algo importante.

—Eso sí lo recuerdo.

—¿A qué hora saliste del laboratorio? —siguió preguntando Eva.

Richard tuvo que hacer un esfuerzo, pero no pudo contestar.

—El coche —atinó Eva—. ¿Acaso has sufrido un accidente?

—No, no, eso no...

—Richard... ¿De veras no has bebido?

—¿Huelo a alcohol?

—No, desde luego.

—Siento lo que ocurrió antes. En tu casa.

—Olvidalo. Creo que no estabas en tus cabales. A mí no me molesta que tú... que me muestres tus sentimientos, Richard, pero confieso que llegaste a asustarme...

Tras un largo silencio, Richard murmuró con cierta solemnidad en su voz:

—He estado con otra mujer.

Ella supo reprimir su sorpresa. El añadió:

—Sí... Salí del laboratorio y... fui con la exsecretaria del profesor Randolph. Estuvo con ella hasta que vine a tu casa.

El pitido del recipiente, indicando que el agua del hornillo estaba ya ardiendo fue como el «gong» que pone término a un asalto boxístico, extremadamente delicado para uno de los dos contendientes.

Ella, sin decir nada, fue a la cocina y preparó el té. Regresó con una taza llena de la caliente infusión y dos comprimidos en la mano:

—Tómate esto, Richard, y luego, acuéstate. Creo que ya no puedo hacer nada más por ti —le dejó la taza y los comprimidos sobre la mesita, y añadió—: Será mejor que me marche.

—No, Eva. Te lo ruego. No... No te vayas.

Se quedó.

—Ahora necesitas dormir. Te conviene. Mañana quizá recuerdes mejor lo ocurrido, y quieras contarme...

El se había levantado, sumiso, y fue hacia el baño. Se miró al espejo rutinariamente, o acaso notaba algo extraño en su rostro.

Todo su aspecto tenía una expresión distinta a la habitual, propia de quién se halla cansado, pero ¿tan cansado como para haber envejecido en unas horas?

Richard no era hombre que pasara grandes ratos frente al espejo.

En esos momentos sin embargo, sin haber perdido un ápice de su varonil prestancia, había algo... ajado, impreciso; era como si, de repente, hubiera cumplido dos aniversarios.

Se dijo que sería producto de aquella noche incierta y confusa, cuyos detalles no acababa de recordar con claridad.

Sabía que había estado en el laboratorio, que tomó la pócima, que fue directamente a ver a Edda y luego..., luego se dirigió en autobús a casa de Eva. Pero todo esto entre grandes o pequeñas lagunas, en episodios sueltos y concretos...

Pero... ¿qué había sucedido, en realidad, aquella noche?

Despertó a las diez de la mañana, y se encontró solo. Había una nota sobre su mesita de noche. Era de Eva.

«Tengo que ir al hospital. No he querido despostarte. Llámame en cuanto puedas. Espero que te encuentres mejor. Puedes estar tranquilo, porque nadie me vio salir de tu casa».

Lo primero que hizo al levantarse fue dirigirse al baño y mirarse de nuevo al espejo.

Su aspecto había mejorado, en comparación con la noche anterior, pero persistían las arrugas; en general, era evidente que había envejecido algo, aunque no tanto como había apreciado la última vez que contempló su rostro en aquel mismo espejo.

Mientras se aseaba, mentalmente trató de recordar otra vez para

intentar que le entrase la luz en las zonas oscuras de su subconsciente.

Los recuerdos seguían confusos.

—Fue la pócima... Sí. Fue lo que me tomé... Pero ni siquiera podría hacer un resumen de lo que sentí... Lo probé, y no puedo explicar los resultados, pero...

Era otro, sí. Tenía la convicción de que todo su ser, y durante el tiempo que le duró el efecto de la fórmula, había cambiado, como despertando en él a otro ser. Su personalidad se había desdoblado.

«He descubierto el paraíso o... acaso el infierno...», había querido decir su jefe, el profesor Randolph.

Salió a la calle porque sentía necesidad de andar, de desentumecer los músculos que notaba ligeramente agarrotados, de respirar aire puro.

Ahora sí que esos recuerdos fluían plenamente. Se sentía normal, con sus reflejos íntegros, con su capacidad igualmente normal.

Compró la segunda edición de un periódico matutino y, apenas empezó a leer la segunda página, sintió un escalofrío.

MUJER BRUTALMENTE ASESINADA PARECE LA OBRA DE UN SÁDICO

La noticia iba acompañada de la foto de la víctima.

—¡Santo Dios! —exclamó Richard.

La foto era de la coqueta y frívola Edda.

Se había sentado en un bar, y pidió una cerveza. De nuevo se movía como un sonámbulo, mientras leía y releía el relato de los hechos:

«Se sabe que Edda Grant llegó a un hotel del West Park acompañada de un hombre que conducía un coche pequeño, color rojo...

»La pareja no parecía tener intención de comportarse muy discretamente, por cuanto armaron bastante alboroto.

»El cadáver de la víctima fue descubierto, con horror, por el guarda nocturno, a quien extrañó ver la puerta abierta de uno de los *bungalows*, que era donde

se hallaba la infortunada muchacha, bárbaramente maltratada.

»El criminal, sin duda un sádico, se ensañó con Edda Grant, cuyo cuerpo, desnudo, mutiló en diversas partes».

Richard dejó el periódico, y sintió náuseas. Salió del establecimiento, sin haber tomado la cerveza que había pedido.

CAPÍTULO II

—Yo no pude haber hecho eso. Aunque no consigo recordar lo ocurrido, sé que no pude hacerlo, profesor.

El profesor Randolph había permanecido sentado, en silencio, escuchando el relato de su joven ayudante.

—No debiste tomar ese preparado, sin antes consultarme —dijo al fin.

—Lo sé, profesor. Lo sé. Pero ahora ya es tarde, y lo que lamento no es mi curiosidad, sino las consecuencias. No puedo imaginarme a mí mismo abusando de Edda para después matarla y mutilarla.

—Abusar no es un término adecuado, tratándose de Edda. Sabemos que era una muchacha ligera de cascos, muy «moderna», en el sentido más peyorativo de la palabra. Muchachas «modernas» de ese modo las ha habido en todas las épocas. Bueno, Edda era... ya lo sabes; por tanto, no podía haber abuso. Además, tú le gustabas. Es un decir, porque le gustaban todos los hombres, pero tú has hablado de abuso... y eso quítatelo de la cabeza. En cuanto a lo otro...

—Profesor —atajó Richard, cuando su interlocutor había dejado al aire la continuación de su frase—. ¿Cree, de veras, que su invento puede inducir al crimen?

—Pues... En principio, no, por supuesto, pero es una droga. Una droga experimental. Un combinado de sustancias, que estaban en período de experimentación. No son todas adaptables a todos los cuerpos. Es imposible saber qué personas la asimilarían y cuáles no. Por otra parte, yo tampoco te creo capaz de asesinar, Richard, pero lo que ignoro totalmente es tu reacción, ante la toma del preparado.

—¡Dios mío! Una vez leí un relato sobre algo parecido —murmuró Richard.

—El doctor Jeckill y mister Hyde —recordó Randolph—. Sí. Pero aquello era una fantasía. Convertía al hombre en una fiera. Lo

mío es distinto y, una vez perfeccionado, podía llegar a ser algo que... cambiaría por completo el concepto de la vida. Una auténtica revolución en el campo de la ciencia; pero todavía hace falta mucho trabajo, y yo... ya sabes que pensé dejarlo todo. Faltan medios y horas de trabajo, y siempre la incertidumbre...

—Cuando usted me hablaba de ese invento, profesor sé que tenía fe en él, que hubiese entregado su vida, de ser necesario.

—No lo niego...

—La fuente de la vida, la salubridad total del cuerpo que desterraría la mayor parte de las enfermedades.

—Cierto.

—La vitalidad, la potencia física e intelectual, por medios racionales. Algo..., algo como la fuente de la juventud eterna.

—Sí, Richard. Mi invento iba encaminado a regenerar las células que empiezan a morir en nosotros, desde el mismo instante de nuestro nacimiento; con ello, en principio, se lograría que no se produjera ningún deterioro en nuestro organismo, a la par que nuestra sangre, continuamente regenerada, conservara intacto nuestro cuerpo. Nada envejecería, no existirían las atrofas, seríamos insensibles a los gérmenes nocivos; el preparado produciría anticuerpos, aptos para combatir toda clase de bacilos, de bacterias... No existiría la enfermedad...

A medida que Randolph hablaba, su rostro se iluminaba y su voz se hacía trémula por la emoción, como si tuviera una gran fe en sus propias palabras, y estuviese convencido de la posibilidad de aquel fabuloso logro.

De repente, su semblante cambió, su voz volvió a la normalidad y, con cierto sarcasmo, concluyó:

—Maravilloso, ¿eh? Pero esto es una utopía.

—¿Por qué, profesor?

—Jamás alcanzaremos la perfección. Ya ves. Has querido hacer una prueba, y ahora temes haberte convertido en un asesino.

—¡Dios mío! —Richard también había vuelto bruscamente a la realidad.

—La fuente de la juventud eterna... ¡Mírame! Tengo cuarenta años. La gente me echa más de cincuenta. Eso, los que son benévolos. Tengo el rostro surcado por las arrugas. Ignoro lo que es una juventud divertida. Ni siquiera cuando me casé. Otros de mi

edad, ahora, al principio de la madurez, viven, y yo, ¿qué? No, Richard, se acabó todo. Te lo dije en el cementerio, y te lo repito ahora. Si esa fuente existiera... Si mi invento consiguiera los frutos que yo soñé, hubiese sido el primero en usarlo.

—Sigamos trabajando, profesor.

—Yo, no. Y en cuanto al laboratorio, olvídate de que existe.

—Entonces...

—Mira, Richard... Sé que ese trabajo me llevaría toda la vida, moriría encerrado entre aquellas paredes, sin haber conseguido adelantar nada. No. No voy a seguir. En cuanto a ti, procura recordar.

—Lo intento...

—Bien, puesto que honradamente no eres culpable, que en plena posesión de tus facultades serías incapaz de causar daño a nadie, deja las cosas como están. No te preocupes.

—Una mujer ha muerto asesinada y... ¡yo estuve con ella esa noche! —protestó Richard.

—De acuerdo, de acuerdo. Tu conciencia no te deja vivir, pero eres inocente, no puedes probar lo contrario. Todo es confuso en tu mente. Deja de atormentarte.

—Me gustaría probar de nuevo...

—¿Qué?

—Bajo control, bajo vigilancia, estando atado, ante usted, profesor... Usted podría anotar mis reacciones, y así llegaría a saber...

—¡Estás loco! ¡Olvídate de mi fórmula! Y dame la llave del laboratorio. ¡Se acabó!

Luego, dulcificando su voz, Randolph añadió:

—Perdona. He sido un poco brusco, pero es que me apena verte en este estado...

Richard se levantó:

—Profesor... ¿hay alguna posibilidad de que ese preparado...?

—Te lo diré de una vez, Richard. Aunque, como ya he apuntado, ignoro los efectos que puede producir en distintos sujetos, la base principal de esa maldita pócima es fortalecer el vigor, rejuvenecer el organismo y vivir a entera plenitud en todos los órdenes, en el intelectual, en el sexual..., en fin... Un hombre de cincuenta años, por ejemplo, podría sentirse con las energías de un individuo de tu

edad, pongamos por caso, y sentiría aumentar tanto su inteligencia como sus reflejos... Ésa es la base, pero no está conseguida. El preparado tiene una duración limitada, y dudo que pueda conseguirse una prolongación indefinida, como yo pretendía.

Tras una pausa, y ya en un plan puramente técnico, Randolph siguió:

—De habituarse, sería necesario ingerir dosis cada vez mayores, y haría falta una materia prima muy especial...

Ante la muda interrogación de Richard, Randolph prosiguió:

—Es un secreto, Richard. Lo he estado estudiando durante mucho tiempo, y estoy asustado, por eso lo dejo. Es una de las razones...

—¿Un secreto?

—Hematíes... con hematíes humanos, tratados, es posible conseguir una superación.

—Sangre... —musitó Richard.

—Eso es. Mucha sangre. Haría falta toda la de una persona. Una persona joven, por supuesto, que estuviera perfectamente sana. Así que..., olvídale.

Richard había entregado la llave del laboratorio, que quedó sobre la mesa del profesor, el cual, levantándose, añadió:

—Esta noche saldré para el continente; pienso descansar una temporada. ¡Ah! Había preparado algo para ti. Una compensación, por haberte dejado sin empleo. No es mucho, pero te servirá hasta que encuentres un nuevo trabajo.

—No me preocupa esto, profesor.

—Tómalo, de todos modos —le tendió un cheque, que sacó de la cartera.

Richard dudó:

—Anda, hombre. Yo tampoco ando muy boyante... Pero aún me queda lo suficiente para esos días de descanso.

—¿Y el laboratorio?

—Lo he vendido. Alguien vendrá a hacerse cargo de todo. Antes iré a echar un vistazo, y sacaré todo lo peligroso, no sea que alguien sea víctima de la curiosidad. —Luego, palmeó la espalda de Richard, y le acompañó hasta la puerta.

—Olvídale todo —insistió—. Ya verás cómo la policía encuentra al verdadero culpable. Seguramente, mataron a esa desgraciada

después de haberte ido tú. ¿Recuerdas si la dejaste durmiendo?

—¡Oh, profesor! Le he dicho que no puedo recordar absolutamente nada.

—Bien, bien. Quizá sea mejor así. Adiós, y suerte.

—Adiós, profesor. Que pase unas buenas vacaciones.

CAPÍTULO III

Las palabras de Randolph no convencieron en absoluto a Richard.

Compró los periódicos de la tarde, esperando encontrar nueva información sobre el caso, pero las noticias repetían poco más o menos lo mismo de la mañana.

Por lo que pudo leer, nadie había logrado tomar nota del número de la matrícula del coche rojo, del cual lo único que se sabía era que se trataba de un auto «pequeño». Fue el portero quién había informado a la policía, y ese mismo hombre añadía, en una entrevista:

«Sí. La víctima iba acompañada de un hombre joven. Los dos parecían muy contentos, y daban gritos. La verdad es que no es normal recibir clientes así».

El conserje contestaba:

«Sí. Era un hombre joven, de unos veintiocho a treinta años, me fijé poco. Era la primera vez que le veía. A ella tampoco la había visto anteriormente. Alquilaron la habitación por una noche».

Y un camarero:

«Yo no les vi. Es decir, vi cómo entraban en el *bungalow*, pero de espaldas. Les llevé una botella de champaña, que pidieron, pero me ordenaron dejarla junto a la puerta. Me pagaron, pasando el dinero por debajo de la puerta. Hacía mucho ruido. Desde luego, parecía que habían bebido... antes de llegar al motel».

Un detalle curioso, la botella de champaña había desaparecido, y no había huellas de ninguna clase en la habitación. «De ninguna clase».

«—Esto es extraño —manifestó a la Prensa el detective Mersh, encargado por Scotland Yard del asunto—. Extraño porque lo lógico es que se encontraran huellas de distintas manos, por ejemplo de las mujeres de la limpieza, de otros clientes anteriores. Pero no hay nada. Ello indica, sin lugar a dudas, que las huellas han sido borradas. Y quien más interés podía tener en hacerlas desaparecer, en principio, parece ser el asesino...».

Recordaba las palabras del profesor: «Honradamente, eres incapaz de hacer una cosa así».

Sí. Era incapaz; sin embargo, la incertidumbre le crispaba los nervios, le mantenía tenso.

Casi sin darse cuenta, y con las primeras luces de las farolas de las calles, después de haber recorrido media ciudad, se encontró frente a su casa.

Cruzó la calle, metido de lleno en sus confusos recuerdos. De pronto, se detuvo, con la estupefacción reflejada en sus ojos.

¡El coche!

Su coche. Estaba allí, frente a la casa.

¿Quién lo había llevado hasta allí?

Mientras lo estaba examinando desde el exterior, con cierto recelo, vio a través del cristal la figura de la muchacha que se aproximaba. Era Eva. Se volvió al instante.

Ella iba con un par de periódicos en la mano, y la mirada fija en Richard.

El joven científico, en aquel instante, no supo qué decir.

Fue después, cuando ambos iban en el coche. Circulaban por las afueras, sin prisas. Eva estaba a su lado.

El silencio quedó roto al fin:

—Sigo sin recordar nada, Eva. Te doy mi palabra.

—Ella... se llamaba Edda Grant, ¿verdad? Me refiero a la exsecretaria de tu jefe.

Richard asintió:

—No sé lo que ocurrió, Eva. Te doy mi palabra. He hablado con el profesor Randolph. El me aconseja que lo olvide, y no puedo...

—¿Sigues sin recordar nada...?

—Así es, Eva. Y es una tortura para mí, créeme...

—No te pido que me cuentes nada.

—Sí. Te lo contaré... todo... Hasta allí donde recuerde...

Richard fue hablando, mezclando los sucesos de la noche anterior; no ocultó a Eva nada de lo que sabía, de lo que podía recordar. Luego detuvo el coche en una calle desierta, justo en el lugar donde se ensanchaba; al fondo estaba el motel, en los comienzos de una zona amplia y despejada. Era un parque natural.

Ella miró en derredor, y vio el anuncio del motel.

—¿Es aquí? —inquirió Eva.

—No conocía este lugar. Sé dónde está porque lo he leído, pero lo que no comprendo es cómo pude llegar por mí mismo. Y sin embargo, estuve aquí. Eso «sí lo sé». Lo demás todo son tinieblas...

—No deberías haber vuelto aquí. Si alguien te reconociera...

—¿Crees, acaso, que me importa? —espetó Richard—. Quizá te parezca anormal que, en una época de violencia, donde no se da importancia a nada, que se asesina, que se roba, que caso se considera una heroicidad saltarse todas las reglas establecidas, exista alguien que le preocupe la idea de haberse convertido en un criminal.

—¡Richard!

—¡Me preocupa, sí! Siempre me he tenido por un ser normal. Absolutamente normal... No puedo ser un asesino. Y quisiera poder demostrármelo a mí mismo.

—Estoy convencida de que tú no hiciste «eso», Richard... Pero si te reconocen, si te detuvieran... no podrías demostrarlo.

—Eres muy buena conmigo, Eva.

—Anoche dijiste que no tienes a nadie. Me tienes a mí... —susurró ella.

El acercó sus labios a la boca de la mujer. Eva se dejó besar de todo corazón.

—Mi especialidad es la puericultura. Sabes que adoro a los niños... Pero conozco a un médico, a un psiquiatra.

—¿Crees que estoy loco? —atajó él, sin brusquedad.

—No, Richard. Eso no. Simplemente, necesitas ayuda. Hay algo

oscuro en tu mente. Una niebla, que necesitas disipar. El doctor Hasper puede ayudarte. Será discreto. Si quieres, iremos a verle.

Richard vaciló.

—¿Tienes miedo?

—¿Y tú?

—¿Yo...?

—¿Y si fuera culpable, Eva?

—Estoy segura de que no lo eres... No puedes serlo, Richard.

—Anoche, tú misma confesaste que te había dado miedo.

—Estabas bajo el efecto de esa droga. Tú mismo acabas de decírmelo.

—Sí. ¿Y si bajo ese mismo efecto, cometí el crimen...?

—Richard, comprendo lo que sientes, pero yo..., ocurra lo que ocurra, seguiré creyendo en ti.

—No nos conocemos mucho aún, Eva. No hemos tenido ocasión...

—Sí nos conocemos, Richard. No por mucho hablar se conoce a las personas. Estoy segura de que conozco tu fondo, y tú también me conoces a mí. Anda. Pon el coche en marcha. Vámonos de aquí. Iremos a ver a ese médico. Es bastante buen amigo...

Tras Lina pausa, Richard hizo lo que la muchacha le sugería. Puso el auto en marcha, y se alejaron del escenario del crimen.

—El doctor Hasper tiene ocupado todo el día de mañana, pero pasado, nos recibirá. Me ha dado una hora especial. Las seis de la tarde. Lo hace por tratarse de un caso particular. Iremos juntos.

CAPÍTULO IV

El laboratorio del profesor Randolph seguía cerrado, cuando la silueta se aproximó a una de las paredes del edificio.

Eran las nueve de la noche, y la calle se hallaba solitaria.

La sombra se inclinó para recoger una piedra del parterre que rodeaba la acera. Luego, unos ojos brillantes se clavaron en una de las ventanas de cristales biselados y sucios.

La mano enguantada arrojó la piedra contra el cristal, y, al chocar contra el mismo, se hizo añicos.

Rápidamente, la sombra bajó los escalones y recorrió el pasillo hasta situarse bajo la ventana.

Unas manos hábiles sacaron una escalera de cuerda, provista de dos ganchos a los extremos superiores.

Arrojó la cuerda de modo que ambos ganchos quedaron sujetos en el alféizar. Luego, tiró para probar la consistencia, y, al ver que resistía, comenzó a trepar. Resultó bastante fácil llegar hasta la altura de la ventana.

Inmediatamente, las mismas manos —enguantadas— procedieron a desprender los trozos de cristal adheridos en el marco, dejando expedita la abertura.

Por el hueco, justo para el paso de un cuerpo de complexión normal, se coló la persona.

Después, provisto de una linterna, se dirigió al lugar donde «sabía» que encontraría lo que buscaba.

El libro de apuntes del profesor, y restos de la fórmula que Richard había tomado la noche anterior.

Siempre con la ayuda de la linterna, buscó una botella y trasvasó el preparado. Guardó bien el libro de apuntes, y en seguida se dirigió de nuevo hacia la ventana para salir del mismo modo que había entrado.

La sombra se alejó rápidamente con paso acelerado, se metió por

diversas callejuelas y, durante cinco minutos, siguió andando hasta llegar junto al automóvil aparcado en una calle relativamente distante.

Era un utilitario color rojo.

La sombra se introdujo en el auto, y lo puso rápidamente en marcha.

Frente al volante, el cuello alto de su gabardina oscura y el ala del sombrero, muy baja, impedían ver su rostro.

Más hacia el centro, rodando por calles mejor iluminadas, el conductor del coche rojo bajó el cuello de su gabardina, y se echó hacia atrás el sombrero.

Eva le hubiera reconocido, al instante: era Richard.

Cuando entró en su apartamento, sonaba el teléfono. Lo tomó apresuradamente y, a través del hilo, le llegó la voz de Eva.

—Te llamé antes —dijo ella.

—Bueno, cuando salí de tu casa, estuve deambulando. ¿Querías algo?

—Nada. Sólo hablar contigo. Comprobar que estabas bien...

—Sí, Eva. Me encuentro mucho mejor. Me siento algo cansado. Quiero acostarme en seguida.

—Entonces, no te molesto más. Descansa. Te conviene.

—Gracias por tu llamada, Eva... Hasta pasado mañana.

—¿No nos veremos mañana? —inquirió ella.

—No sé. Tengo que hacer algunas visitas para encontrar trabajo.

—Claro. Bueno. No olvides la cita de pasado mañana. Pasa a recogerme al hospital.

—Sí, querida. Lo haré. Adiós.

Colgaron.

Richard se mostraba algo excitado, aunque procuraba dominarse. Se quitó la chaqueta para sentirse cómodo, y encendió la lámpara de sobremesa para leer en los apuntes del profesor Randolph.

La botella en la que había trasladado la droga quedó sobre la mesa.

Durante largo tiempo, permaneció enfrascado en los apuntes de aquellas cuartillas; luego cerró cuidadosamente la libreta, y buscó un lugar donde guardarla, como si de un tesoro se tratara.

El sitio más idóneo lo encontró detrás del armario del baño.

Había un pequeño hueco en la pared. Era como una pequeña caja fuerte sin puertas, cubierta únicamente por el armario que colgaba en la pared.

Después se puso la chaqueta, y se dirigió hacia la mesa donde había dejado el frasco con la droga.

Eran poco más de las once de la noche cuando un grupo de enfermeras del St. George Hospital salían, al terminar su turno.

En la calle, se despidieron para ir cada cual a tomar el medio de transporte más conveniente para regresar a sus respectivos hogares. Algunas tenían vehículo propio, otras se dirigían a la parada del autobús o al Metro.

—¿Vienes con nosotras, Diana? —preguntó una de las chicas a una rubia de exuberante anatomía.

—Hoy, no, gracias. Tengo una cita. Acaba de llamarme un viejo amigo —repuso la aludida.

Se adentró por el parque y, cerca del surtidor vio al hombre que la aguardaba. Sonrió.

Poco después, la pareja se alejaba por uno de los senderos que conducían a otra salida.

Un automóvil pequeño, de color rojo, se alejó con la pareja.

Cuando el nuevo día empezaba a alborear, un hombre, desde una gabarra, se aproximaba a la orilla del río.

Cuando la embarcación estuvo ya junto a uno de los muelles, saltó a tierra para amarrarla.

Fue entonces cuando, entre el suave vaivén de las sucias aguas, observó el cuerpo.

Los ojos del hombre miraron primero con curiosidad. Luego, se dilataron enormemente. Lo que acababa de descubrir era un cadáver.

El cadáver de Diana...

Estaba desnuda y brutalmente mutilada.

—¡Dios mío! —exclamó el hombre, y corrió hacia una cabina telefónica para llamar a la policía.

A la mañana siguiente, los periódicos dieron cuenta del macabro hallazgo, y un comentarista se preguntaba:

«¿Tendrá algo que ver este crimen con el de la otra

muchacha, encontrada muerta, en parecidas circunstancias, en un motel?».

Más tarde, Edda oía los comentarios, en el hospital. Interesada por ellos, se agenció un periódico y pudo comprobar por sí misma la noticia.

Sintió un escalofrío e, instintivamente, se dirigió al teléfono para llamar a Richard.

Marcó y esperó junto al auricular, pero al otro lado del hilo no había nadie para contestar.

Lo intentó una hora más tarde, y después, al mediodía... Nada. Richard seguía sin contestar.

CAPÍTULO V

Eran las cinco de la tarde del siguiente día cuando Eva, al salir del hospital, se encontró a Richard aguardándola, junto a su inconfundible automóvil color rojo.

El joven parecía algo más animado, y la saludó con una sonrisa:

—Hola, Eva. Como ves, no he olvidado la cita. Podemos ir a ver a ese médico. Dudo que pueda ayudarme, pero estoy dispuesto.

—Te estuve llamando, Richard.

—¿Cuándo? —inquirió él, abriendo la portezuela del lado contrario al volante para que Eva subiera.

—Ayer. No conseguí encontrarte.

—¡Oh! Estuve fuera. Buscando trabajo, ya te lo dije.

Ella subió al coche. No es que tuviera ningún temor, pero sí sentía un lógico recelo. No dijo nada en un buen rato.

—Bueno... Hasta ahora, no podía seguir otra ruta; ahora me dirás por dónde hemos de ir.

—El doctor Hasper vive en la calle Delmont.

—¡Oh, sí! Ya sé dónde está. Pero aún es temprano. ¿Te apetece tomar algo?

—No, Gracias... De todos modos, tardaremos unos veinte minutos en llegar.

—Como quieras.

Siguió el silencio.

—¿Cansada? —preguntó él para decir algo. La miraba por el retrovisor, observaba su rostro cariacontecido, pero tan sereno como de costumbre.

—No, no... ¿No has leído el periódico? —inquirió ella, de pronto.

—Sí, claro... ¡Oh, claro! Me lo preguntas por lo del nuevo asesinato, ¿verdad?

Antes de que Eva pudiera contestar, Richard manifestó:

—Ojalá se tratara de un maníaco, al que pudieran detener pronto... Eso me daría la razón a mí. En el caso de que fuera la misma persona que había asesinado a Edda, por supuesto.

—Tú no volviste al laboratorio, ¿verdad? —preguntó Eva.

—¿Acaso piensas que...? ¡Por Dios, Eva! Pensaba que tenías fe en mí. ¡Cielos! Esa cara que pones... No, Eva, no. Me aseguraste que creías en mí... ¿A qué viene esto, ahora?

—¡Oh, no sé, Richard! Perdóname. He sido una estúpida... Ayer te estuve llamando, y tú no estabas.

—Fui a buscar trabajo, Eva. Te lo he dicho. Estuve en varios sitios. No encuentro lo que busco. No es tan fácil. —La voz de Richard había tomado un tono más frío, agrio.

—Perdona, Richard, perdona... No sé... No sé qué pudo pasar por mi imaginación. Lo siento. Soy una estúpida... Olvídalo, ¿quieres?

—Claro, Eva, claro... —repuso él, y volvió los ojos hacia la calle.

Hasper era un hombre cincuentón que, sin embargo, sabía conservar su línea. Elegante y ágil, tenía un aspecto que inspiraba confianza desde el primer momento.

Eva efectuó las presentaciones, y el psiquiatra les invitó a pasar a su despacho.

Richard manifestó que estaba dispuesto a hablar delante de Eva.

—Ella ya lo sabe todo, doctor —añadió el joven.

—Bien, bien, pónganse cómodos, y explíquese, joven. Según tengo entendido, trabaja usted para la ciencia.

—Era ayudante del profesor Randolph.

—¿Randolph? No. No creo que le conozca.

—No era muy conocido, pero yo siempre le consideré una persona inteligente.

—¿Ya no le considera?

—Randolph perdió a su mujer hace pocos días, y decidió retirarse —explicó Richard—. Supongo que ahora estará de viaje de vacaciones, en cualquier lugar donde haya sol y, por supuesto, lejos de sus recuerdos.

—¡Quién pudiera tomarse unas vacaciones! Pero vamos a lo que nos interesa. Explíquese, querido amigo...

Durante veinte minutos, Richard contó lo que ya Eva sabía. No omitió detalle, y concluyó afirmando que lo único que deseaba era

conocer la verdad.

—Quiero afrontar los hechos, sean cuales fueren, doctor.

—Le comprendo, amigo, pero habrá que hurgar en esa amnesia que más o menos podemos establecer en un período de... unas dos horas. ¿Es así?

Richard hizo un breve cálculo, y asintió:

—Sí, doctor. Más o menos, es el lapso de tiempo que ha quedado borrado por completo de mi mente.

—Bueno, para empezar le diré que, aunque no soy un técnico en narcóticos, me gustaría saber los ingredientes que forman ese extraordinario preparado.

—Es algo complicado, doctor. Hay una base que sólo conoce el profesor Randolph.

—Supongo que, en líneas generales, se tratará de una forma de alucinógeno, una combinación de materias conocidas, que producen el fenómeno que se persigue, incluida la pérdida de la memoria. Verdaderamente, puede ser algo sumamente peligroso, pero es lógico que quien ha colaborado en su elaboración, sea el primero en querer probarlo... En fin, veamos. ¿Recuerda haber tenido en alguna época de su vida un fallo de memoria? Quiero que entienda por fallo, no un ligero olvido, sino algo parecido a lo que le está ocurriendo ahora... Una hora en su vida que no haya podido recordar...

—No, doctor. Precisamente, la buena memoria fue siempre una de mis cualidades. Memoria y retención; soy bastante observador, y cuando algo se me olvida, consigo recordarlo por deducción.

—Excelente.

—Sin embargo, ese par de horas..., desde que tomé el preparado hasta ese autobús que tomé para dirigirme a casa de Eva..., se han borrado por completo.

—Pero tendrá alguna visión episódica, alguna escena suelta, alguna frase...

—Pues... El teléfono. Sé que sonó, antes de salir del laboratorio... Yo estaba algo aturdido. Me había tomado ya el preparado. Era Edda, por supuesto.

—Bien. Es seguro que, entonces, usted la citó a ella. Por los datos que me ha dado, la euforia que produce la droga, esa vitalidad anormal, le impulsó a reunirse con ella. ¿Dónde se

encontraron?

Richard realizaba visibles esfuerzos, que evidentemente resultaban del todo inútiles.

—Bueno, bueno. No es necesario hacer demasiado esfuerzo. Usted ha sido víctima de un fuerte *shock*. Algo desconocido, por falta de datos... Dejemos que pasen algunos días, y no se torture. Le convendría descansar en algún lugar, en el campo. ¿Tiene dónde ir?

—No, doctor. No tengo familia. Sólo unos tíos, pero emigraron a Australia hace muchos años; tampoco me sobra el dinero. Estoy buscando trabajo.

—En eso, tal vez pueda ayudarle. Conozco al gerente de unos laboratorios farmacéuticos, y tengo entendido que les falta personal. Le anotaré las señas; pero insisto, una semana en el campo sería, en principio, el remedio más eficaz.

Al salir a, la calle, a Eva se le ocurrió:

—Richard, una tía mía vive en Wilster; está a unos cien kilómetros, en plena campiña.

—¡Oh, Eva! No soy un enfermo. Me encuentro perfectamente.

—No digo que estés enfermo, pero deberías hacer caso al doctor Hasper. Es por tu bien.

Richard sonrió.

—Al menos, no puedo quejarme por tus cuidados...

—Llamaré por teléfono a mi tía. Vive sola con una asistenta. Les encanta tener visitas. Le diré que se trata de un... un buen amigo. No te faltará nada.

—Pero, Eva...

—Vamos, Richard. Es por ti.

En verdad, la idea de alejarse de Londres, de encontrarse a sí mismo y reflexionar, le satisfacía plenamente, pero además existía otra razón.

Una razón que sólo conocía él. Era un secreto que ni siquiera había confiado a Eva.

Y aquella noche, cuando las calles se habían vuelto solitarias, y únicamente alumbraba la luz débil de los faroles del barrio, Richard se sentó frente a la mesita, sacó del interior de un cajón el frasco con parte de la droga, tomó una probeta y midió una cantidad, que luego depositó en un vaso.

—Quizá no debería hacerlo —murmuró para sí—, pero es

necesario...

CAPÍTULO VI

El grito aterrorizado de la mujer, hizo asomar la cabeza a todas las vecinas de la escalera.

Los ojos dilatados de la encargada de la limpieza de aquel edificio de cuatro plantas estaban clavados en la cabeza femenina que yacía en el suelo, junto a la cama, sobre un charco de sangre coagulada.

Era una cabeza separada del tronco.

El resto del cuerpo, sin ropa alguna que lo cubriera, colgaba de la cama, de una forma difícil de olvidar.

Alguien empezó a decir:

—Es otro crimen del sádico.

En los laboratorios Forrest, cerca ya de mediodía, Richard llegaba a un acuerdo con el director del personal.

—De acuerdo. Puede empezar a trabajar dentro de una semana. A principio de mes.

—Se lo agradezco —repuso Richard.

Ya tenía nuevo empleo, y aquella misma tarde, de acuerdo con Eva, emprendería, viaje hacia Wilster para permanecer una semana lejos de Londres, en plena campiña, descansando.

Los dos se despidieron en la estación de Waterloo. Richard llevaba el periódico en el bolsillo. Un diario de la tarde, con la noticia del nuevo asesinato, ya en primera página. No hablaron de ello. Eva le besó, segundos antes de partir el tren.

—Lláname por teléfono, ¿eh?

—Lo haré, Eva.

El tren partió, y Eva se volvió hacia el vestíbulo de la estación. El doctor Hasper la estaba aguardando. Se miraron en silencio. Fue Eva la que habló primero:

—Es la tercera víctima, doctor...

—Ya lo he leído.

—Anoche, Richard no estaba. Le estuve llamando por teléfono. No contestó.

—Eso no quiere decir nada.

—Tengo miedo.

—Eva... Tú crees en él, ¿verdad?

—Sí, claro.

—De lo contrario, no le hubieses mandado a casa de tu tía. Es bastante anciana, ¿no?

—Doctor... Sé que, cuando se confía en una persona, tiene que hacerse plenamente, sin reservas, pero...

—Es lógico que tengas tus dudas. Es humano.

—He hecho algo que Richard me reprocharía, pero..., cuando leí la noticia...

Fueron caminando hacia la salida de la estación. El doctor Hasper la llevó en su coche, y ella prosiguió:

—En Wilster, tengo algunos amigos... Pasé allí varias temporadas, y aún sigo yendo de cuando en cuando, sobre todo para las vacaciones.

Hasper asintió y la muchacha añadió:

—He llamado a uno de esos amigos para pedirle que vigile a Richard.

—¿Has hecho esto?

—Bueno. Quiero que Richard no esté totalmente solo... Comprenda.

—Sí, claro. Te comprendo.

—No se lo he contado todo, por supuesto. Le dije simplemente que Richard va a descansar de una dolencia de tipo psíquico, y que necesita ser vigilado con discreción... No ha sido difícil convencer a mi amigo; sé que haría cualquier cosa por mí. Luego, si es necesario, le daré más detalles.

Hasper asintió.

Eva estaba preocupada. Más que preocupada, se sentís contrariada consigo misma. No quería dudar.

No quería, pero...

Ahí estaban los titulares del periódico:

«LA TERCERA VÍCTIMA».

Un sádico estaba en acción.

¿Quién era el sádico?

El tren seguía su marcha. En el compartimento *que* Richard ocupaba, se sentó una muchacha joven, agraciada. Richard no consiguió centrar su atención en el periódico que leía, y entonces empezó a observar a su compañera, empezando por los zapatos.

Se fijó en las piernas, muy bonitas y generosamente mostradas, gracias a su exigua falda.

Ella se dio cuenta, pero no hizo nada por tirar de la escasa tela, y sonrió.

Richard dejó definitivamente el periódico, y comenzó a entablar conversación con la hermosa pasajera.

Una conversación trivial, por supuesto...

—Es una casualidad que coincidamos los dos, ¿verdad? Me refiero que vayamos al mismo sitio.

Eso lo dijo la muchacha cuando Richard la ayudó a bajar la maleta en la estación del tren, en Wilster. Ella también se había apeado allí.

—El pueblo queda a dos kilómetros. Es un fastidio tener que ir a pie. Tomaremos el taxi del viejo Buds. Pagamos a medias, y nos sale más barato. ¿Le parece?

—Puedo costear el viaje entero. Considérese mi invitada —dijo Richard.

Pero a Richard le esperaban, y no se sorprendió demasiado. Era un hombre aproximadamente de su misma edad, que vestía un jersey deportivo de lana gruesa y llevaba una chaqueta de cuero. Era un tipo fuerte, pero no tenía nada de rústico.

—Me llamo Rock. Rock Nelson. Soy amigo de la señora Grower, casi vecino, y me dijo que viniera a esperarle. ¿No me pregunta cómo le he reconocido?

Richard miró en derredor de la desolada estación.

—Soy el único pasajero masculino que he bajado de ese tren —repuso Richard.

—Claro, claro. Venga conmigo. He traído mi cacharro. No es muy cómodo, pero tiene cuatro ruedas.

—Si va a cargar conmigo, piense también en la señorita. Le prometí acompañarla. Se llama Joyce. La conocí en el tren.

—¿Qué tal, Joyce? —saludó Rock campechanamente.

—¡Hola, Rock! Ha dicho usted que se llamaba Rock, ¿verdad?

—Sí, ése es mi nombre. Por ahí.

—Soy pintora... No conozco a nadie aún, pero unos amigos me han dicho que esta parte de la campiña tiene paisajes preciosos. Sobre todo, el viejo castillo de Folkestown... Encargué una habitación en el hotel...

La muchacha. —Joyce— era de las que no necesitaban de grandes presentaciones para comenzar una conversación y convertirse en el centro de la misma.

Richard cedió el puesto contiguo al del conductor a Joyce, pero Rock, por el retrovisor, lanzaba continuas miradas a Richard, como si tratara de estudiarlo.

—Es usted científico, o algo así, ¿verdad? —preguntó en una ocasión, entre frase y frase de la inefable Joyce.

—Bueno..., quizá no exactamente lo que la gente entiende con ese vocablo. Soy licenciado en química experimental —aclaró Richard.

—¿Hace experimentos y cosas raras, eh?

—Siempre se hacen experimentos, pero jamás he tenido laboratorio propio. Ahora he venido a tomarme un descanso...

—A propósito, Richard... ¿Puedo llamarle así, eh? ¿Qué se dice en Londres acerca de ese sádico? Hoy he leído en la prensa de la tarde que ha matado a una nueva mujer... ¿Cree que se trata de la misma persona?

Tras un silencio, Richard murmuró:

—Sé lo mismo que usted. Lo que traen los periódicos.

La conversación quedó cortada. Habían llegado. Rock se ofreció a acompañar a Joyce hasta el hotel.

—Mañana, si quiere, la acompañaré a esas ruinas —le prometió, y seguidamente, regresó a la casa de la señora Grower, la tía de Eva.

Era una anciana que parecía sacada de la época isabelina, pero en su versión más cordial y hospitalaria.

Rock se las arregló para que le invitaran a cenar con ellos. Durante el refrigerio, la señora Grower murmuró:

—Rock solía salir, a veces, con mi sobrina, pero ella prefirió volar. Esos pueblos no son para la gente joven...

—¡Bah! Yo tengo mi trabajo aquí. Lo mío es la botánica... Uno

de esos días le enseñaré mis viveros, Richard... Por cierto, ¿cómo está Eva? Hace tiempo que no viene por aquí... ¡Ah! Mañana puede acompañarnos, Iremos los tres al castillo. ¿Le parece?

Rock no paraba de hablar.

—Richard estará cansado, Rock —dijo la señora Grower, después de la cena—. Querrá ir a su habitación a descansar. Para eso ha venido. Mañana habrá tiempo de hablar.

Poco después, Richard estaba en la recargada habitación de la finca.

Como buen observador, deambuló por la estancia; luego cerró la puerta, abrió su equipaje y, del fondo de su maleta, extrajo aquella botella que guardaba como un tesoro, junto con la probeta y un dosificador. Sacó también unos apuntes.

La única luz cómoda era la de la mesilla de noche de la alta cama. Se sentó sobre ésta, encendió la luz, y repasó alguna de aquellas notas.

La botella de la droga quedó allí en la mesita.

Transcurrieron las horas. Desde la calle, podía verse encendida la luz de la habitación que le había sido asignada a Richard.

En la habitación del pequeño hotel del lugar, una posada por la que parecían haberse detenido los relojes del tiempo, y a través de una ventana de saliente alféizar, empotrada en los desniveles del techo, un mirón hubiera podido ver cómo la nueva inquilina, llegada de Londres, se estaba desnudando.

Joyce, la hermosa Joyce, libre de prejuicios; no se había tomado la molestia de cerrar los pórticos. Sí... Para quien detrás de unos prismáticos la estaba observando, desde alguna parte, aquello debía constituir todo un espectáculo, propio de un *cabaret* del barrio de St. Pauli de Hamburgo.

Y los prismáticos seguían observando, desde algún lugar, a Joyce y su anatomía...

CAPÍTULO VII

Los restos del castillo dominaban la suave colina. Había más castillos, por supuesto, pero el llamado de Folkestown era el único deshabitado y en estado de ruinas. Su acceso era libre, y su panorámica, desde las vetustas paredes, era lógico que pudiera inspirar a un pintor amante de la naturaleza.

Rock se mostró como un excelente guía.

Joyce había montado su caballete, y comenzaba a trazar líneas imaginarias con la tiza que había sacado de la caja de los pinceles.

Richard observaba los contornos, y escuchaba las explicaciones del incansable Rock.

—¿Quiere que vayamos hasta el manantial? Está aquí mismo —sugirió el botánico.

—No quisiera robarle tiempo, Rock. Haga lo que deba hacer; yo no tengo planes. Quisiera tenderme un poco sobre el césped y pensar. Me gusta pensar.

—Claro. Es lo suyo. Me quedaré aquí. Yo también quiero tomarme un descanso, ¿sabe? Aquí viene poca gente, y uno se siente orgulloso de poder enseñar las cosas... Por cierto, ¿piensa llamar a Eva?

—Sí, claro...

—Lo digo porque le acompañaré a la central de teléfonos.

Richard le miró con algún recelo.

—La llamaré al hospital, a la hora del almuerzo, desde la casa de la señora Grower.

—Sí, claro... Soy un estúpido.

—Creo que no le he resultado muy simpático como guía. Quizá se ha dado cuenta de que no quiero despegarme de él —anunció Rock Nelson a través del teléfono.

Al otro lado estaba Eva.

—Bueno. Yo no te pedí que te pegaras a él, Rock.

—Eva... ¿Te interesa mucho Richard?

—Ha sufrido una depresión nerviosa —repuso Eva, soslayando una respuesta directa—. Quería únicamente que...

—Me gustaría hablar más tranquilamente sobre este asunto, Eva... O que te expreses con mayor claridad... Por ejemplo, ¿piensas que está mal de la cabeza?

—¡Oh! No es eso, Rock. Richard ha venido a descansar. Lógicamente, no se pasará todo el día encerrado en casa de mi tía; quería, simplemente, que tuviera a alguien cerca.

—Pues eso ya lo tiene. Hizo el viaje con una chica muy mona, una pintora, y se la mira mucho. Esta mañana hemos estado juntos los tres. Casi llegó a insinuarme que le dejara solo con ella.

—Bueno, Richard es un hombre; es lógico que le gusten las chicas. ¿No?

—Perdona, quizá no debí decírtelo.

—Rock —murmuró ella tras un silencio—. Tú vives cerca, y supongo que aún conservas la costumbre de hacer tus cruces, durante las noches...

—Me gusta cuidar mis plantas de noche si...

—Verás... Richard tiene que descansar, y yo quisiera saber si... por las noches sale. ¿Me comprendes?

Rock no acabó de comprender, y por eso tergiversó las palabras de la muchacha.

—¿Estás celosa por lo que te he dicho de esta muchacha?

—Tal vez. —Ella se lo dejó creer.

—No te preocupes. Me convertiré en su espía. Ya sabes que haría cualquier cosa por ti.

—Procura que no se dé cuenta, Rock.

—¡Oh! Utilizaré métodos detectivescos...

Luego se despidieron.

Richard llamó más tarde a la muchacha. Luego, por la noche, tras la cena familiar, volvió a encerrarse en su habitación.

Rock oteaba, sin demasiado disimulo, entre el plantel de sus viveros.

Oblicuamente a su situación, pedía ver la casa de la señora Grower y su puerta principal.

Al otro lado, y tras la ya cerrada taberna, se hallaba el hotel,

cuyo edificio, aunque abajo, sobresalía al de la taberna, pudiendo verse la última planta, con las ventanas de salientes alféizares.

Una de ellas estaba iluminada.

Cuando unos pasos resonaron por la calle, Rock avanzó hasta la valla que limitaba sus propiedades, y se asomó.

Alguien, con un abrigo oscuro y sombrero calado, pasó sin demasiada prisa por la acera de enfrente, y se detuvo un momento frente a la valla.

Rock retrocedió y tropezó con algo, cayéndose. Verdaderamente, la investigación no era su fuerte.

El hombre del abrigo oscuro siguió su marcha, y sus pasos se perdieron al fondo de la calle desierta.

Rock se encogió de hombros. Observó la casa de la señora Grower. La ventana de la habitación de Richard estaba iluminada. Rock sabía que aquélla era verdaderamente su ventana. Lo había preguntado.

Seguía el silencio, y transcurrían los minutos tan monótonos como caca noche.

Nuevas pisadas interrumpieron la calma. Esta vez venían del lado opuesto. Rock procuró una mayor discreción, y se amparó tras un árbol del jardín.

La propietaria de las pisadas no tardó en cruzar por delante de la valla. Por un momento, Rock iba a abandonar su puesto, pero al reconocer a la muchacha, Joyce, se contuvo.

«¿Dónde irá, a estas horas?», se preguntó.

La vio seguir calle adelante y pasar sin detenerse por la casa de la señora Grower. Luego cruzó la calle y se dirigió por la ruta que, dirigiéndose hacia las afueras del pueblo, concluía en la colina del castillo.

Lleno de curiosidad, Rock salió de sus dominios y avanzó hasta la esquina de la casa. Se pegó a la pared. De haber seguido a un espía, le habrían descubierto al instante, por su escasa habilidad.

Se pegó a la pared, al ver a la muchacha a unos treinta metros. ¡No estaba sola!

Intentó taladrar la oscuridad para ver quién era la persona con la que estaba hablando. Un hombre, por supuesto.

¿Richard?

Rock aceleró el paso y, al llegar al final de la finca, se volvió

hacia atrás. La casa de la señora Grower tenía una puerta por aquel lado...

Lleno de dudas, Rock corrió hacia el descampado, y aún tuvo tiempo de ver el automóvil que se ponía en marcha.

¡Eran ellos!

Joyce y un misterioso acompañante eran los ocupantes de aquel vehículo.

«¿De dónde puede haber sacado Richard el coche?», se dijo a sí mismo.

Sin embargo, no tenía ninguna prueba de que fuese Richard. Volvió a la calle principal, y se tranquilizó al ver luz en la ventana superior de la casa de la señora Grower.

No obstante, celoso de su deber, tuvo una idea.

Corrió hacia su casa, cruzó el jardín, pasó junto al invernadero, y entró en la pequeña vivienda. Fue directamente al teléfono, y marcó un número.

Tuvo que esperar bastante para obtener la respuesta.

La soñolienta voz de la señora Grower contestó, al fin:

—Perdone, seguramente la he despertado, señora Grower. Soy Rock...

—¡Vaya unas horas de llamar, muchacho! ¿Es que ocurre algo?

—No sabe cuánto lo lamento, señora Grower... Es que quería hablar con Richard...

—¡Oh, Rock! ¿Y no puedes esperar hasta mañana?

—Es que..., vi luz en su habitación. En realidad, pensé que...

—¡Vamos, Rock! A nadie se le ocurre, llamar a estas horas. Son más de las once.

—Sí, claro, claro... —No encontraba una excusa adecuada, pero insistió—: En fin..., puesto que ya la he despertado, si pudiera usted avisarle... Sólo tiene que llamar a su puerta y...

—Sé lo que tengo que hacer para llamar a mi invitado, Rock. Pero insisto en que no son horas. Bueno... Puesto que ya has conseguido desvelarme, voy a complacerte. Aguarda.

—Sí, sí; gracias..., y mil perdones.

La señora Grower se retiró del teléfono, mascullando frases ininteligibles.

Rock esperó, impaciente, irnos tres o cuatro minutos, que le parecieron horas. Por fin, sonó de nuevo la voz de la dueña de la

casa:

—Lo siento, Rock. No contesta. Seguramente estará dormido. O quizá haya salido a tomar una copa. Le dimos una llave para que entrara y saliera a su antojo...

—Pero hay luz en su ventana...

—Se la debe haber dejado encendida, Rock... Lo siento. Ya he hecho lo que me pedías. Ya le diré que has llamado, en cuanto le vea.

—No, no. No le diga nada.

—¡Rock! ¿Estás loco o has bebido?

—Quiero decir que es mejor que no le diga nada... Al fin y al cabo, quizá le sentaría mal que le llamara a estas horas. Después de todo, apenas nos conocemos. Ya hablaré mañana con él.

La señora Grower hizo un gesto de impotencia y, entre dientes, gruñó algo relacionado con la gente que anda floja de mollera. Colgó.

Rock, aun a despecho de que le tomaran por borracho, ya sabía algo. ¡Richard no estaba en su casa!

Y se le ocurrió una nueva idea. La puso, en práctica inmediatamente. Tomó el *jeep* y siguió el sendero por el que había visto desaparecer el coche.

CAPÍTULO VIII

Buen conocedor del camino, Rock siguió a buena marcha hasta las primeras rampas que subían directamente a la colina. Allí frenó y apagó los faros.

—No quiero que me vean —dijo en voz alta, hablando consigo mismo.

Luego, decidió dar un rodeo y ascender por el lado opuesto. El camino era menos transitable, pero más seguro. Hizo el resto del viaje con los faros apagados. La luz de la luna, y su conocimiento del terreno, era lo único que podía guiarle.

Se detuvo a unos cincuenta metros, dejando el auto protegido tras una roca; luego, siguió a pie, primero a gatas y rastreando sobre el césped como un comando en misión de sabotaje.

La mole del castillo oscurecía una parte de la verde colina. Se incorporó y corrió hacia la pared, pegándose en ella.

—Vaya un trabajo —musitó para sí.

Cuando recobró la respiración, agitada por la carrera, avanzó hacia el extremo.

Unos pasos sobre la abundante hierba se alejaban de una de las entradas.

Amortiguadas por la verde alfombra natural, Rock no pudo ver a la forma que se dirigía hacia el lado opuesto.

Cuando oyó el ruido, ya era demasiado tarde. El coche que se había detenido en la explanada, se alejaba de allí.

¡Se le habían escapado, por momentos!

Rock levantó los puños, en señal de impotencia.

—¡Maldita sea!

Con los brazos en jarras, miró en derredor, y luego pensó:

«No han estado mucho tiempo. —Y calculó—: Media hora, a lo sumo... Quizá menos... No lo entiendo».

Avanzó hacia la puerta por la que había salido el individuo, y

miró hacia el oscuro interior.

—Bueno... Después de todo, no es un sitio muy adecuado para hacerse el amor. —Se encogió de hombros, decidido a regresar.

Cuando entró nuevamente con el *jeep* en el recinto de su casa, observó que en la habitación de Richard seguía habiendo luz. La del piso alto del hotel estaba apagada.

La asistenta de la señora Grower llamó a la puerta de Richard, después de dejar en el suelo la bandeja del desayuno.

—¡Un momento! No puedo salir ahora —repuso el joven.

—Es el desayuno. Se lo dejo en la mesa del corredor.

—Muchas gracias.

Richard dio un suspiro, y continuó lo que había estado haciendo hasta aquel momento, que era bien simple. Se miraba al espejo.

Unas incipientes patas de gallo surcaban su rostro, el ceño lo tenía ligeramente fruncido, más de lo normal, y su piel parecía haber estado expuesta largo tiempo al sol, no por el color de la misma, sino por el inicio de unas rugosidades. Había perdido también algunos cabellos, que quedaron en el peine.

En una palabra, había envejecido, aunque no era cosa que pudiera notarse a simple vista. A lo sumo, un buen observador pensaría que se trataba de un cansancio físico, de falta de reposo, de una vida agitada.

Richard se ocupó entonces de subsanar las pequeñas deficiencias de su cutis, mediante la utilización de los ingredientes de un estuche, surtido con cremas de maquillaje de calle.

Se arregló cuidadosamente, se peinó y, con un jersey deportivo, saliendo en busca del desayuno, con cuya bandeja regresó al piso bajo de la casa.

—No debe tomarse tantas molestias, señora Grower —dijo a la tía de Eva, que terminaba su té matinal.

—Mi sobrina dijo que necesitaba usted descanso. No quiero que luego me riña.

—Ya veo que me acostumbraría mal, en esta casa... En Londres no tengo tantas atenciones; vivo solo.

—¿Y no ha pensado en casarse, joven?

—Por supuesto... Pienso que todo tiene su tiempo y su momento...

Hablaron de trivialidades; la señora Grower hacía preguntas suspicaces para ver el grado en que estaban las relaciones entre él y su sobrina, a la que dijo apreciar.

Rock apareció poco después, y Richard disimuló un gesto de contrariedad, que no le pasó desapercibido a la anciana señora Grower.

—Diversión no le falta, por lo menos.

Rock saludó con su proverbial aire campechano, y preguntó a Richard, sin preámbulos:

—¿Qué tal pasó la noche nuestro convaleciente?

—Perfectamente, Rock.

—Ya veo que has madrugado para darle el recado, ¿eh, Rock...?

Rock mostró ahora su contrariedad, y procuró cambiar de conversación:

—Yo siempre madrugo. Ya lo sabe. Por cierto, había pensado que...

—Un momento —interrumpió Richard—. ¿De qué recado están hablando?

—Nada, nada importante...

—¿Ha preguntado antes por mí?

Rock no supo qué contestar. La señora Grower miró insistentemente al botánico, y se levantó para sacar su servicio de desayuno.

—Vaya. Ahora resultará que se dedica a despertar a la gente porque sí...

Les dejó solos.

—¿Qué quería decirme, Rock?

—Bueno... Se me ocurrió que podríamos ir a un sitio desde el que se divisa un paisaje estupendo. Es el punto más alto de los contornos. Van muchos turistas. Es un poco lejos, y hay que madrugar...

—¿Y cuándo decidió que podíamos ir a este sitio?

—Pues... No tiene importancia.

—Rock, tengo la sensación de que me oculta algo —sonrió Richard.

Estaba atrapado, y Rock confesó:

—Le llamé anoche...

—¿A qué hora? —preguntó Richard gravemente.

—No sé... Serían algo más de las once.

—Estaba durmiendo...

—La señora Grower llamó a su puerta, varias veces.

—Estaba durmiendo. No la oí. Tengo el sueño pesado. ¿Algo más?

—No, no, perdone. Ya le dije que yo sólo había pensado en esa excursión...

—Rock, tengo la sensación de estar sometido a vigilancia, y creo conocer la razón.

—Le aseguro que...

—Es usted muy amable, sirviéndome de guía, pero para el día de hoy ya he hecho mis planes. Vaya a buscar a la señorita Joyce, y acompáñela donde guste. Ella aceptara, encantada. Ya sabe, es una chica muy simpática y nada mojigata. Buenos días, Rock. —Y Richard salió de la casa.

Más tarde, cuando Rock fue al hotel a buscar a Joyce, le dijeron que no había bajado a desayunar.

Tampoco a mediodía supieron dar razón de ella.

—Quizá ha salido, sin que la hayamos visto.

—¿No está su llave en el casillero? —inquirió Rock.

Una de las muchachas de la limpieza apareció en aquellos momentos para decir:

—Debe seguir en su habitación porque está cerrada por dentro. Aquí, la norma es de no molestar a los clientes, sobre todo cuando se acuestan tarde. —Y la chica, buena conocida de Rock, le guiñó un ojo.

Rock habló con la muchacha, momentos después, a solas:

—¿Qué has querido decir?

—Anoche la *señorita*... —Y pronunció lo de «señorita» con marcado retintín— salió del hotel... No creas, la vi por casualidad. Y supongo que no salió sola, ¿eh?

—Connmigo, no, por supuesto. No pensarás que...

—Pero si es el segundo día que ha llegado, y no la dejas casi ni para comer.

—Pero yo no salí con ella. Te lo aseguro.

—Pues ya me dirás tú con quién... No conoce a nadie aquí.

—Olvidas al huésped de la señora Grower.

La muchacha se encogió de hombros.

—Bueno. Y después de todo, ¿a mí qué me importa!

Fue un par de horas más tarde cuando empezó a cundir la alarma. Llamaron a la puerta de la huésped, y al fin comprobaron que la puerta estaba cerrada, pero no por dentro, sino con llave, simplemente.

Al no contestar nadie, la abrieron con la llave maestra.

—¡Cielos! —dijo el propietario.

La habitación estaba vacía, y la cama, hecha. Joyce no había dormido allí, aquella noche.

Rock no quiso intervenir, en principio, en las pesquisas que inició la policía, a la denuncia del patrón del hotel, pero, por la noche, se dejó caer por casa de la señora Grower, y tuvo una conversación con Richard:

—¿Usted no la vio en toda la tarde, Richard? Bueno, es simple curiosidad. En el pueblo, no se habla de otra cosa.

—Regresamos los tres juntos a la hora del almuerzo, Rock. ¿No recuerda? Regresamos con su *jeep*.

—Sí, pero por la tarde...

—Por la tarde, usted me mostró su maravilloso jardín, sus viveros y su invernadero. Luego, yo estuve en la taberna tomando un par de cervezas, y regresé a casa para leer uno de mis libros.

—Sí, claro, pero como por la mañana les dejé solos hasta la hora de pasarles a buscar para el regreso, pues...

—¿Pues qué, Rock? —preguntó Richard, tajante.

—Pensé que hubieran podido quedar en dar luego una vuelta. ¡Qué sé yo!

—Pues no fue así.

—Sí, claro...

—Rock... No sé lo que está pensando usted, pero yo no tengo ningún interés por esa señorita. Es agradecida, y tengo ojos y gusto para apreciarlo, pero nada más.

Rock sonrió, sin saber qué decir. Se disculpó. Richard preguntó:

—Para disiparle mejor sus dudas... ¿Dónde puede llevar un hombre a una mujer, en ese pueblo? Me refiero a dónde puede llevarla para tener una aventura galante.

—¡Bueno, la juventud se esconde poco. Hay buenos prados...!

—Tengo veintiocho años, y algunos me llamarían ya *camp*, para

emplear una expresión de moda. Créame, Rock. Hacer el amor como un colegial en un prado, por hermoso que sea, no es para mí.

Rock aventuró con cierta timidez:

—El castillo, por ejemplo... Es muy grande, y hay techo en muchos salones...

—Y unas frías baldosas y más de cinco kilómetros. Yo no tengo el coche aquí, Rock. ¿Algo más?

—Lo siento... No le estoy interrogando.

—Pues me lo estaba pareciendo.

Y Rock se disculpó. Pensó en lo del coche. Claro, Richard no lo tenía, pero...

Pero podía haberlo cogido... A aquellas horas, prácticamente nadie se hubiese dado cuenta, y luego, pudo devolverlo al mismo sitio de donde lo tomara.

Y fue entonces cuando Rock se decidió a ir a la policía.

Era tarde. Los perros adiestrados habían olido el rastro, orientados por unas prendas, propiedad de la desaparecida Joyce.

Los sabuesos marcaron la ruta: el castillo.

Allí estaba.

Muerta, descuartizada, sobre un charco de sangre, algunos de sus miembros estaban esparcidos...

—¿Un asesinato en Wilster? ¡Es increíble! —exclamó la señora Grower, al conocer la noticia.

CAPÍTULO IX

Rock no era hombre que destacase por su decisión. Por eso tardó un día en acudir al sargento Borg.

—¿Y no lo dice hasta ahora? —masculló el policía.

—Bueno, fue una casualidad que la viera... Y la verdad es que no puedo decir quién la acompañaba. En la distancia, no los vi, y además, estaba oscuro...

Luego, el policía, quiso saber exactamente desde dónde y cómo vio Rock a la muchacha, y dónde se reunió ésta con su acompañante.

Rock tuvo que describirlo, y Berg quedó sorprendido de la declaración.

—Dijo que era simple casualidad, pero usted tuvo que ir desde su casa hasta la esquina. O sea recorrer unos setenta metros, y luego avanzar treinta más... ¿Tenía algún interés especial en vigilar a la muchacha?

Rock tragó saliva.

—No, claro que no...

—Entonces... ¿Por qué la siguió? ¿Es que oculta algo, señor Nelson?

—Verá, sargento, será mejor que le cuente la verdad.

La verdad sólo podía ser una; explicarle al policía el encargo que había recibido de vigilar a Richard.

El sargento se pasó una mano por la barbilla, en actitud pensativa.

—Hummm. Ya veo que no tengo otra alternativa que ir a hablar con ese forastero... ¿Cómo se llama?

—Richard. Richard Brent, sargento...

A pesar de la hora, más de las nueve de la noche, Eva se hallaba en casa del doctor Hasper.

Ambos habían leído la noticia, que fue publicada en todos los periódicos de Londres.

En uno de los encabezamientos podía leerse:

«EL SÁDICO AMPLÍA SU CAMPO DE ACCIÓN».

Luego, se refería al hallazgo del cadáver en la población de Wilster, y describía a la muchacha asesinada, joven como todas, hermosa y de aspecto saludable.

—¿Cree que esto es también una coincidencia, doctor? ¡Dios mío! Ahora ya no sé qué pensar...

—Tranquilícese, Eva. Lo mejor sería poder hablar con él. Si consigue que le den permiso, podemos ir mañana. Yo la acompañaré.

—¿Y qué conseguiremos?

—Mire, Eva... Si ese muchacho es culpable, no se trata de un criminal, sino de un enfermo. —Y tras una pausa, añadió—: ¿Sabe si volvió al laboratorio donde trabajaba?

—Creo que no tenía la llave.

—Tratemos de localizar a ese profesor Randolph. ¿Conoce sus señas?

—No recuerdo. Un día, fuimos. Richard tenía que ir, por un trabajo. ¡Sí! Creo que sí... No recuerdo el nombre de la calle, pero sabría encontrarla.

—Entonces, vamos. Ahora mismo.

—Creo que Richard dijo que se había ido de vacaciones.

—No importa. Alguien podrá decimos dónde está. Tenemos que localizarle. El también podría ayudarnos y me temo que el tiempo apremia.

A la misma hora, el sargento, acompañado de un agente, se hallaba en casa de la señora Grower para hacer unas preguntas a Richard, que intentó mostrarse sereno, aunque había algo especial en el tono de su voz que no pasó inadvertido a la policía.

—Anoche el señor Nelson le llamó. Parece ser que la señora Grower fue a buscarle a su habitación, y usted no estaba.

—Ya dije a Rock que tengo el sueño muy pesado.

—¿Llamó muy fuerte, señora Grower? —preguntó el sargento, dirigiéndose a la dueña de la casa.

—Bueno, llamé dos o tres veces con los nudillos. Tampoco eran horas de dar voces, digo yo.

—¿Y usted no oyó nada? —insistió el sargento.

—Es lógico que, de haberlo oído, hubiese contestado. —Fue la respuesta un tanto nerviosa del interrogado.

—Bueno... Pudo haber salido usted.

—¿Para ir adónde...?

—No sé. A dar un paseo con la señorita Joyce, pongo por caso.

—Mire, sargento... Sé dónde quiere usted ir a parar, pero está en un error. Rock le ha contado toda esa historia... Pero piense en el coche. Yo no tengo coche. Y Rock vio cómo Joyce tomaba uno.

—Ya he pensado en eso... Pero más o menos a las once y veinte, según versión del señor Nelson, que fu cuando vio a la señorita..., el pueblo queda desierto. Es fácil hacerse con un automóvil.

—Para irme al castillo, asesinar a la señorita y volver tranquilamente. ¿Y con qué objeto? Mire, sargento... Según las versiones que circulan, descuartizaron a la señorita Joyce. Había un mar de sangre, y el asesino debió salpicarse... Busque entre mis cosas. No encontrará ninguna huella de sangre...

—Usted lo dice todo; yo no le he acusado de nada Solamente investigo. Es una investigación previa. Scotland Yard cuidará del caso, puesto que relacionan este asesinato con los tres ocurridos en Londres anteriormente... En cualquier caso, señor Brent, esa señorita llegó al pueblo con usted, y aquí no tenía más amigos que usted y el señor Nelson, por supuesto.

—Intérrogueme a él, sargento —y por primera vez, Richard habló con mayor seguridad y una muy marcada ironía.

—Ya lo he hecho. En fin... Supongo que no pensará usted marcharse del pueblo todavía, ¿verdad? No lo haga, sin antes consultarme. Mañana vendrá el inspector del Yard.

—¿No puedo marcharme...? —preguntó Richard.

—De momento, no. Mañana, el inspector querrá hacerle unas preguntas... Buenas noches.

Rock, que había acompañado a los policías, se despidió apresuradamente como si temiera enfrentarse cara a cara con Richard. Éste se encaró con las dos ancianas.

—Lo siento, no quería causarles estos trastornos. Perdonen, me iré a mi habitación.

Ninguna de las dos mujeres despegó los labios.

CAPÍTULO X

—Aquí es —indicó Eva al doctor Hasper para que detuviera el coche.

En la puerta del edificio, y en uno de los buzones, rezaba el nombre del profesor.

—Es la primera planta. Creo que la casa es suya. Su mujer era muy rica. Pero parece que ahora no hay nadie.

Llamaron insistentemente, sin obtener respuesta.

Había otros tres casilleros, pero pertenecían todos al segundo piso. Anteriormente, todo debió ser la misma casa, pero, como tantas otras, había sido dividida en apartamentos.

Contestó un solo inquilino. Era viejo y además, sordo. Respondía al nombre de Paige.

Su casa parecía una sucursal del museo del ejército. Bueno, era lógico, pues se trataba de un viejo militar graduado. Coronel; naturalmente.

—Lamentamos molestarle, señor —dijo Hasper—. Pero nos urge encontrar al profesor Randolph.

Tras ajustarse el aparato receptor, que amortiguaba su sordera, el hombre manifestó:

—No. No está... Ahora disfruta del sol de España... Bueno, yo creo que bien merecido lo tiene. ¿Saben? Sobre todo, después de la pérdida de su esposa...

El coronel tenía cuerda para rato, pero Hasper le atajó amablemente:

—¿Por casualidad, sabe en qué lugar de España se encuentra?

—Pues no... Vino a despedirse de mí, pero en concreto sólo me dijo que estaría ausente tres o cuatro semanas... ¡Oh, espere! ¡Qué memoria! Precisamente, hoy he recibido una postal suya... Sí. La tengo ahí, un momento.

El viejo, que otrora debía tener un corpachón imponente, ahora

andaba encorvado y con alguna dificultad; se quejaba del reuma, de ataques de gota y otros achaques, aparte de la sordera, naturalmente.

Les mostró la postal recibida.

—Veamos... ¿De dónde viene esto?

Era una postal corriente, con una vista parcial de la Manga del Mar Menor.

—Gracias, coronel, ha sido muy amable —dijo Hasper, devolviéndole la postal, cuyo texto era un puro cumplido corriente, con un «Saludos desde el Sol», y la firma del profesor.

Ya en el coche, de nuevo, Hasper murmuró:

—En esta época del año, no creo que haya muchos turistas... Tengo un amigo en una agencia de viajes. El nos dirá dónde está esto, y cuántos hoteles hay... Seguramente, él mismo podrá intentar localizarle.

—¿Y qué puede hacer el profesor, doctor Hasper?

—En primer lugar, hablarme con mayor conocimiento de los ingredientes de esa droga, de los efectos secundarios que a su juicio puede producir; podrá indicarme si existe un antídoto y decirme, también, si tenía alguna cantidad almacenada, que Richard pudiera haberse llevado a su casa... En fin... Aparte de esto, es posible encontrar la solución para salvar a Richard... Si de verdad es el causante de tanto horror. En realidad, no tenemos ninguna prueba.

—No lo sé, doctor Hasper, ojalá pudiera contestar... De lo único que estoy segura es de que algo en mi interior me dice que no puede ser... Que Richard no es un criminal, ni siquiera un enfermo, que todo ha sido una coincidencia...

—No se atormente... Llamaré a ese amigo de la agencia de viajes. Aunque es tarde, sé que, por mí, lo hará.

De nuevo en su casa, Hasper llamó a un número, desde su teléfono. Poco después, estaba de acuerdo con la persona con la que había hablado, que le dijo:

—Este sitio no tiene muchos hoteles, y casi todos cierran a finales de temporada. Creo que hemos estado de suerte, doctor. Ahora mismo me pongo a trabajar en lo que me ha pedido.

—Bien, Eva. Ahora, descansa. Mañana, pase lo que pase, iremos a ese pueblo yo mismo diré que te releven.

Mientras, Richard, que se había encerrado en su habitación,

procedió a arreglar sus cosas y colocarlas dentro de la maleta.

Abajo de todo, protegido entre la ropa, dejó unos apuntes, la probeta y el frasco, pero luego, pensándolo mejor, sacó el frasco y, al trasluz, comprobó que estaba vacío. ¡Vacío!

Asomó a la ventana y, tras comprobar que no había nadie, lo arrojó lejos. La botella fue a parar sobre la hierba del cercano prado.

Continuó arreglando su breve equipaje, guardando también el pequeño estuche de maquillaje.

Lo dejó todo absolutamente listo, y bajó la escalera para hablar con la señora Grower que, a pesar de la hora y como cosa realmente extraordinaria en sus costumbres, seguía en el gabinete.

—Sé que mi compañía, en estos momentos, debe resultarles incómoda; por todo ello, creo que será mejor que me aloje en el hotel. Mi equipaje está ya preparado; si el sargento pregunta por mí, díganse.

La señora Grower mostró su decisión, y habló con absoluta claridad:

—No he pensado ni por un momento que sea usted un asesino, Richard. Ni crea que siento un ápice de miedo. Tiempo no le ha faltado para poder asesinarlos.

—Es usted muy amable, pero...

—¡Richard! Estoy segura de que todo se aclarará. En cualquier caso, usted no me parece un sádico maniaco. Claro que yo no soy una jovencita pizpireta. Por eso pienso que, aunque usted fuera ese horrible carnicero, estaría igualmente segura porque, por lo oído, sólo le gastan las muchachas jóvenes. Así que..., vuelva a su habitación. Mañana por la mañana, le serviremos el desayuno, como siempre.

—Es usted muy amable, señora.

—¡Tonterías! Buenas noches.

La que parecía un poco más preocupada era la asistente. Luego, cuando ambas subieron, y Richard ya no podía oírles, murmuró:

—Por si acaso, pondré el cerrojo.

—¿Y quién demonios quieres que te viole a ti, esperpento? —masculló la señora Grower.

Aquella mañana, el inspector de Scotland Yard, que había anunciado el sargento, se presentó mucho más temprano de lo que

todos esperaban.

La primera novedad con que se encontró fue algo que dio bastante que pensar en el pueblo.

Richard no estaba, ni tampoco su equipaje.

¡Había desaparecido!

El amigo del doctor Hasper, que había estado averiguando el posible paradero, del profesor Randolph, no pudo dar información alguna hasta aquella misma mañana.

—Lo siento, doctor. No he podido averiguarlo hasta esta mañana.

—¿Y qué ha conseguido, amigo?

—Ese profesor estuvo en un hotel llamado Arenas Doradas, pero ya no está. Parece que tiene el deseo de recorrer España, y se ha ido a la Costa del Sol. Tengo el nombre del hotel donde se hospeda. Ya he llamado, pero me han dicho que, efectivamente, se encuentra allí, pero se ha marchado de excursión, y no volverá hasta la noche. He dejado recado para que se ponga en contacto con usted. Le he dado su número de teléfono particular, doctor.

—Ha hecho muy bien. Gracias por las molestias.

—De nada, doctor, pero no confíe en recibir esa llamada hasta la noche. La excursión es de las que están programadas por un día. Seguramente, no estarán de vuelta hasta las siete o las ocho. Conozco bien ese asunto.

—¡Qué se le va a hacer!

Después, el doctor pasó a recoger a Eva para dirigirse ambos en coche hasta Wilster.

Por el camino, el médico explicó el resultado de la gestión:

—Randolph me llamará esta noche. Entretanto, trataremos de hablar con Richard.

Tanto Hasper como Eva estaban lejos de suponer que Richard se hallaba en Londres. Dejó su maleta en la consigna de la estación Victoria, y tomó un autobús hasta cierta tienda de artículos para disfrazarse.

Adquirió una peluca normal, de pelo color rojo, un bigote postizo, del mismo color, bastante abultado, y el correspondiente pegamento.

En otra tienda, se procuró unas gafas de sol.

Más tarde, en los lavabos de unos grandes almacenes, se enfundó peluca y bigote, adquirió una gabardina normal en la sección de rebajas y una gorra del mismo tono.

Cuando salió a la calle, y se confundió con la muchedumbre, era uno más entre tantos. Y por supuesto, ninguno de sus amigos le hubiese reconocido.

Ya más cerca del mediodía, Hasper y Eva llegaron a casa de la señora Grower. Allí se enteraron de la desaparición de Richard.

—El inspector de Scotland Yard y el sargento no nos han dejado en paz durante toda la mañana. Hasta han pedido refuerzos. Le buscan por todas partes. No comprendo..., no comprendo por qué ha huido de este modo. Si él no tenía nada que ver, debió esperar...

Era la señora Grower la que hablaba así. Estaba desolada, e insistía:

—Y yo, a pesar de todo, sigo pensando que no tiene nada que ver en el asunto... ¡Un sádico! No... A las personas se las conoce en cuanto se las ve.

—¡La policía otra vez! —exclamó la asistente.

Entró el inspector del Yard, acompañado de su ayudante.

—Lo siento, señora. Van a venir a sellar la habitación que ocupó su huésped.

—¿No han estado buscando durante toda la mañana? —protestó la dueña de la casa.

—Son medidas precautorias. Siempre puede existir algún detalle que se nos haya escapado. Disculpen. ¿Son ustedes familiares?

La pregunta iba por Hasper y Eva, y la muchacha contestó:

—Soy la sobrina de la señora Grower.

—¡Ah! ¿Viven aquí? —Siguió el inspector.

—No. Hemos venido de Londres, ahora mismo... Yo fui quien pidió a la señora Grower que alojara a Richard.

—¡Oh! —Para el inspector aquello era otra fuente de preguntas.

La tía de la muchacha se lo reprochó:

—No debiste decírselo; ahora no te dejarán vivir, a preguntas...

—¿Conocía usted a Richard Brent, señorita?

—Le conozco, sí...

—Bien... Entonces, no tendrá inconveniente en contestar a algunas preguntas. ¿Puedo, usar su casa, señora Grower? —pidió cortésmente el del Yard.

—¿Que si puede? No han hecho otra cosa, en toda la mañana... Sigan, sigan...

Intervino el doctor para presentarse, y añadir que fue él quien aconsejó a Richard que se tomara un descanso.

A partir de ahí, entre el psiquiatra y Eva, contaron toda la historia.

El policía, al término del relato, lanzó un bufido.

—Esto debió ponerlo en conocimiento de las autoridades.

Hasper alegó:

—No había ninguna prueba de que Richard fuese culpable. En todo caso, era mi paciente...

—¿Su paciente, eh? ¿Y ahora, qué? ¿Sigue pensando que es inocente?

Hasper y Eva cambiaron una silenciosa mirada.

CAPÍTULO XI

Aquella noche, y mientras la policía había comenzado una investigación más exhaustiva, partiendo de una base que creían más sólida, el doctor Hasper recibió una llamada telefónica desde Marbella.

—No tengo el gusto de conocerle, doctor Hasper, pero me han dicho que se trataba de un asunto urgente —dijo Randolph a través del hilo telefónico.

—Gracias por haberme llamado, profesor. Sí. Es urgente. Se trata de su ayudante Richard Brent.

—Querrá decir mi exayudante, pero siga... ¿Le ocurre algo?

—Es algo relacionado con esa droga que inventó usted... ¿Le sería muy ingrato tener que regresar?

—¿Regresar, ahora? Doctor, he pasado muchos años soñando con unas vacaciones.

—Lo comprendo, profesor, pero se trata de la vida de un ser humano. La policía está buscando a Richard. Ha desaparecido.

—¡Ah! ¿Es que... entró otra vez en mi viejo laboratorio?

—¿Sabía usted que...?

—Sí, doctor. Me lo contó él mismo. Estaba asustado. Le dije que lo olvidara todo, y le pedí la llave. No comprendo. ¿Es que ha vuelto a tomar esa pócima?

—Esto es lo que no sabemos... ¿Tenía usted alguna cantidad almacenada?

—Todo estaba en los tubos de ensayo. Tenía unas muestras, sí, para varias dosis.

—Es difícil arreglar esto por teléfono, profesor, pero..., suponiendo que Richard haya tomado otra vez esa droga... Necesitamos conocer el posible antídoto. Usted, como vulgarmente se llama, es el padre de la criatura, y es quien mejor puede informarnos.

Se hizo un silencio a través de la línea telefónica; por fin, el profesor Randolph murmuró:

—Está bien, regresaré, pero me temo que pueda hacer bien poca cosa... Quería olvidarme de esto, pero Richard es un buen muchacho y muy eficiente. Mañana tomaré el avión. —Colgó.

Entretanto, la policía había averiguado algo más. Por ejemplo, el cristal roto de una de las pequeñas ventanas del viejo laboratorio de Randolph.

Había practicado un registro en la habitación que Richard tenía alquilada en Londres.

Logró también saber que Randolph había vendido el laboratorio a una compañía, pero nadie se había personado allí ni había demostrado interés para hacerse cargo del local.

La compañía Dixon y Chandler, radicada en la City, tenía una sola empleada, que informó que sus jefes estaban en viajes de negocios, pero mostró el comprobante de la cesión de los laboratorios.

El inspector pidió a su ayudante:

—Hay que conseguir un mandamiento para entrar en ese laboratorio. Quiero echar un vistazo.

La empleada de cuerpo esbelto y rostro pícaro se sintió curiosa:

—¿Es que ha ocurrido algo?

—Estamos realizando una investigación, señorita.

—Bueno..., supongo que si él juez les da una orden, forzarán la puerta...

—El juez nos dará esa orden.

—En ese caso, puedo entregarles la llave. Creo que el señor Dixon lo preferirá así.

Y la muchacha se agachó para abrir el cajón de un fichero, y hasta el inspector del Yard, como hombre, tuvo que contener un silbido de admiración por aquel par de pedestales tan bien formados que la secretaria tenía por piernas.

—Muy amable —dijo el policía, cuando ella le facilitó la llave única, tipo Yale—. Señorita...

—Connie —sonrió ella generosamente.

Cuando el inspector de Scotland Yard y su ayudante salieron del despacho de la Dixon y Chandler se cruzaron con un joven que vestía gabardina corriente y gorra del mismo color, y lucía un

bigote rojizo como su pelo.

No le hicieron el menor caso.

El joven del bigote pasó a la oficina, y saludó a Connie con una sonrisa.

—¡Hola! ¿Usted, otra vez?

—Quedamos en tutearnos —sonrió él.

—Está bien, pero si vienes por el señor Dixon, todavía no ha regresado. Ya te dije ayer que...

—Mira, Connie. Ayer era ayer...

—¿Qué quieres decir?

—Que ayer hubiese hablado con el señor Dixon, pero hoy he venido por ti, ¿sabes?

—Hummm... ¿Vas a contarme un rollo?

—Nada de eso, preciosa. Me gustas. Sólo quería proponerte que saliésemos juntos.

—Vas muy de prisa, ¿eh?

—No hay nada malo en charlar, dar un paseo y... bueno, pasarlo bien.

—Bueno, si te empeñas. Salgo a las cinco de la tarde.

—Seré puntual. —Y Richard, con su nuevo aspecto, le guiñó un ojo y le echó un beso con la mano.

Randolph llegó por la tarde, y fue directamente al despacho del doctor Hasper. Allí estaba Eva, también.

—Si me hubiese comunicado la hora, habría ido a esperarle, profesor —dijo Hasper.

—No sabía los horarios. Pero una vez aquí, ya no viene de molestia más, molestia menos... Bien, ya me he dado cuenta de que este asunto ha trascendido a la policía. Ahora empezarán las preguntas, las declaraciones... ¡Con lo bien que yo estaba en España!

Se le notaba en su aspecto, aunque habían transcurrido pocos días. El profesor Randolph tenía una faz risueña, era distinto del hombre amargado del día del entierro de su esposa, pero parecía dispuesto a colaborar en el asunto.

—Hubiera querido evitarle las molestias —se excusó Hasper.

—Lo hago por Richard. Aguantó estrecheces y promesas, que no pude cumplir... Fracase, doctor. Esa droga era mi esperanza, pero desistí; ya le expliqué a Richard los riesgos... Sí, por supuesto, crea

hábito, y sólo cierto tipo de hematíes producen la base necesaria...

—Hematíes... —repitió Eva—. Eso significa que para obtener el preparado hace falta sangre.

—Lo cual explicaría los crímenes —adujo Hasper.

—Sí, desde luego... —admitió Randolph—. Pero no sé..., para llegar hasta este extremo.

A Eva se le ocurrió una pregunta, y no vaciló en soltarla:

—¿Alguien más conocía su fórmula, profesor?

—No, claro; ni siquiera Richard conocía todo su alcance, aunque le hablé de ello varias veces... En realidad, no es que tuviera secretos para él. Sabía que podía fiarme...

—Quizá Richard pudo hablar con alguien... —adujo Hasper.

—No lo creo. Y menos, de secretos profesionales. Por otra parte, Richard tiene escasos amigos; siempre ha sido un muchacho introvertido. Pero muy eficiente, no me cansaré de repetirlo.

—¿Por qué no destruyó esa fórmula, profesor, si sabía los peligros que podía reportar? —arguyó el doctor.

—Cuando vendí el laboratorio, di órdenes de que lo echaran todo a la basura. No quería saber nada de nada. Los principales documentos, junto con el diario que llevaba, los saqué. Además, la compañía que compró la casa; dijo que podía seguir disponiendo de ella; no tenían prisa en destinarla a nada en concreto. Es más, me dijeron que me avisarían cuando pensaran utilizar el local. Y como yo deseaba irme cuanto antes, pensé que, si había algo que recoger, tendría tiempo de hacerlo.

Se hizo un silencio. Luego, el propio Randolph añadió:

—Fui un loco, pensando que podía conseguir una especie de manantial de juventud eterna... Claro que la mayor parte de los descubrimientos no se hubiesen hecho si los que trabajan en ellos no fueran un poco locos... En suma, amigos míos; ustedes quieren ayudar a Richard, y yo también.

—Profesor. —De nuevo Eva, en su afán de buscar la inocencia de Richard, interrumpió—: Usted mismo ha dicho que Richard es un hombre equilibrado... ¿Cree que su droga tiene el poder de...?

Randolph la interrumpió:

—Le dije a Richard que los efectos secundarios podían variar, según los sujetos. No lo sé. Ni pienso revelar la fórmula. Tampoco existe antídoto... Si he venido es para charlar con Richard. Cuando

él habló conmigo, después de haber probado la droga, dijo que no recordaba nada. Quizá su mente se haya despejado un poco. Sólo sabiendo lo que ocurrió realmente la primera noche, sabremos lo que ocurrió después. ¿Dónde está?

—No lo sabemos. La policía le busca, desde ayer. No lo han encontrado.

—Deberíamos encontrarle, primero, nosotros —murmuró Randolph.

—Soy de la misma opinión —adujo Hasper.

—Pero..., ¿dónde buscarle? —comentó Eva.

CAPÍTULO XII

Richard —el nuevo Richard— parecía muy entusiasmado bailando en el club donde la propia Connie le había propuesto ir.

Había bastante ambiente y poca luz. Los vestidos más extravagantes rivalizaban en destacar; el ruido era infernal.

—¿No te apetecería ir a un sitio más tranquilo? —propuso Richard.

—¿Te aburres?

—Contigo, no, nena.

—Entonces, sigamos...

—Yo había pensado en un lugar más...

—¿Más cómo...?

El se aproximó, y la besó como si quisiera entregarle su alma.

—Chico... Nunca me habían besado así... Uf... Por poco, me ahogas. Vuelve a hacerlo...

Richard sonrió, y la complació. Ella puso los ojos bizcos. Luego, él le susurró algo al oído.

—Tonto... No...

—Sí, mujer... Nos conoceremos mejor... ¿Qué me dices?

—¿Por eso querías salir conmigo? —sonrió ella picarescamente.

—Bueno... Por eso y por estar contigo.

Salieron del local, y Richard alquiló un taxi, y se hizo conducir al motel.

¡Al motel de la primera noche!

—Aquí charlaremos tranquilamente.

—¿Charlaremos?

—Sí, Connie. He dicho que charlaremos... Eso he dicho.

Cuando Richard se dirigió a recepción, decidido y sin temor a que pudieran reconocerle, le dieron malas noticias:

—Está lleno, señor. Si quiere hacer una reserva para otro día...

—Bueno. Para mañana, entonces.

Ella no se pronunció.

—¿A qué nombre? —preguntó el encargado.

—Smith. Charles Smith. —Y dejó un billete de propina.

Salió, contrariado.

—¿Y si mañana digo que no? —rióse ella, cuando se alejaban del motel.

—Oye, encanto... Demos un paseo, ¿eh? Y hablemos de algo... De Dixon, por ejemplo. ¿Qué tal persona es?

—Vaya un tema...

—Bueno, tengo que hablar de negocios con él, y me gustaría saber cómo hay que tratarle.

—Bah. Es un individuo corriente; yo diría que no tiene ninguna personalidad...

—¿Qué edad tiene aproximadamente?

—Pues... Cincuenta años. ¡No sé! No es mi tipo, y para mí que no entiende ni pizca del negocio; ha comprado tres o cuatro casas, pero ignoro qué planes tiene... No tengo ningún trabajo, y él casi nunca está. Es lo bueno que tiene el empleo, pero no sé..., no creo que dure.

—¿Y el otro socio?

—¡Chandler! A ése ni siquiera le conozco. A veces, pienso que esa firma es una tapadera de algo. Drogas o qué sé yo. Bueno, a mí no me importa; yo no sé nada de nada.

—Curioso.

—¿El qué?

—Nada. Oye... ¿Puedo ir a tu casa?

—Ni soñarlo. Vivimos cuatro. Como sardinas en lata, y no permiten la entrada de hombres. ¡Se armaría cada una!

Se despidió, después, de la muchacha con un:

—¡Hasta mañana! Te llamaré por teléfono. No te comprometas con nadie.

No la besó, y ella pareció decepcionada.

Más tarde, Richard se hallaba vestido, sobre la cama de una pensión.

Un boletín de noticias, a través de la radio, informaba de las inútiles pesquisas de la policía para encontrar al «sospechoso».

Con las manos detrás de la nuca, Richard pensaba.

De nuevo, aquellas brumas de su mente aparecieron ante sí... Y

creyó ver el cuerpo de una mujer sobre la cama de una habitación muy débilmente iluminada.

Era Edda. Sí..., de eso estaba seguro.

Y escuchó su voz:

«Se llama Dixon, pero yo sé que traman algo...».

Dixon...

Aquel nombre se repetía constantemente en su imaginación, y rebotaba en las paredes de su mente.

Dixon...

Luego, Richard volvió a la realidad, y recordó perfectamente parte de una conversación con el profesor Randolph:

«Si Evelyn muere, dejaré esto... Está decidido. Ya he hablado con alguien para vender el laboratorio, un tal Dixon...».

Dixon. Dixon...

A Richard le había costado bastante llegar hasta ese nombre, pero..., ¿qué se ocultaba tras él?

¿Quién era Dixon, realmente?

¿Por qué pensaba en alguien a quien ni siquiera conocía?

CAPÍTULO XIII

Las fotografías de Richard habían sido difundidas por los periódicos y la televisión.

Se le buscaba activamente.

Richard estaba en el bar más próximo a la compañía Dixon y Chandler. Pasaban ya algo de las cinco, y se decidió a telefonear.

Connie tomó el teléfono.

—¡Oh! ¿Eres tú? Lo siento, Richard; hoy saldré un poco más tarde. Ha regresado el señor Dixon, ¿sabes? Me ha pedido que me quede para dictarme unas cartas...

Bueno, no puedo negarme. Me paso los días sin hacer nada. Por una vez que me hagan trabajar...

—Bueno... Espero que no me crezca la barba, esperándote. Estoy en el bar de la esquina. Hasta luego, Connie.

A Richard no le disgustó la espera. Se sentía seguro, escudado en su peluca y bigote respectivos.

Aguardó tomándose un par de cervezas y leyendo el periódico.

Connie se retrasó cuarenta minutos. La vio salir desde el bar, y salió a su vez, pero no para ir a su encuentro, sino para cruzar la calle y «fijarse» en el hombre que había salido con ella. ¡Dixon!

Connie saludó a Dixon, y éste anduvo unos cuantos metros hasta llegar a su coche, que tenía aparcado en la plazoleta próxima.

Richard no le perdió de vista ni un instante. Pudo verlo perfectamente.

Dixon era un hombre de estatura mediana, más bien vulgar como había descrito Connie, y su edad estaba en los cincuenta años aproximadamente.

Cuando le vio partir, cruzó la calle para ir al encuentro de Connie, que estaba oteando en el bar.

—¡Eh, estoy aquí!

Juntos, como una pareja más, se confundieron entre la gente. Un

taxi, como el día anterior, los dejó frente al motel.

Tenían la habitación reservada, y el encargado les dio la llave.

—Traiga una botella de champaña —pidió Richard.

—¿Vamos a celebrar algo especial? —inquirió Connie, una vez ambos en el pequeño *bungalow*.

El camarero les sirvió lo pedido, Richard descorchó la botella y sirvió las copas.

Bebieron.

—Vamos... Tenemos que terminar esto. Es bastante caro. ¿No crees?

—Hummm... No me gustan las bebidas que hacen cosquillas a la nariz —sonrió ella.

Richard sirvió la segunda copa cuando ella se dejaba caer en el diván.

—¡Eh! Esto es muy cómodo. ¿Lo sabías? ¡Qué preguntas! Tú haces cara de saberlo todo... ¿Cuántas chicas has traído aquí?

Richard, de espaldas a la muchacha, aprovechó para sacar un sobrecito del bolsillo de la chaqueta.

Ella se estaba meciendo en el diván, moviendo su ondulado cuerpo al compás del movimiento que imprimía a los muelles.

Richard dejó caer el polvillo que contenía el sobre, en la copa destinada a la muchacha.

Arrugó el papel entre las manos, y lo guardó en el bolsillo. Luego se volvió, llevando en cada mano una copa. Ofreció a Connie la que contenía los polvos que él mismo había vertido.

Ella aceptó, con una sonrisa.

—¿Quieres emborracharme? —sonrió.

—Él champaña no emborracha, Connie. Da alegría...

El empezó a tomar un sorbo. Connie, menos ceremoniosa, apuró su copa en un par de tragos.

—Me gusta el cosquilleo de las burbujas —rió ella.

Bebieron más champaña, y Richard no dejaba de observarla. Esperando «algo».

Ese algo no tardó en producirse. Connie empezó a notar una especie de dulce somnolencia. Runruneó como una gata.

—¡Oh! Creo que he bebido demasiado...

—No, querida. Has bebido lo justo...

—Richard... Qué sueño más dulce...

—Tienes una bonita cama —susurró él, aproximándose a la muchacha, que apenas podía levantarse del diván.

La ayudó a hacerlo. Ella ya no conseguía tenerse en pie. Richard la tomó en sus brazos y la dejó sobre la cama; luego la cubrió con la colcha, y apagó las luces, dejando únicamente encendida una lamparilla muy tenue.

Del jardín de la parte exterior entraban las luces que iluminaban la entrada.

Connie dormía profundamente.

Richard sacó entonces de su bolsillo un pequeño tubito, cuyo interior contenía un líquido. Lo retuvo en sus manos unos instantes, y por fin se decidió a utilizarlo.

Sin moverse de la butaca, colocada a unos tres metros frente a la cama, destapó el pequeño recipiente cilíndrico, dudó unos instantes, y al fin se tragó su contenido.

Con las mandíbulas prietas, y tratando de autodominarsse, permaneció a la espera de que lo que acababa de ingerir produjera el efecto deseado.

Transcurrieron escasos minutos, y Richard comenzó a notar los síntomas, que no eran nuevos para él.

Su inquietud aumentó, pero seguía sentado, aferrando sus manos a la butaca, luchando por permanecer inmóvil en aquel sitio.

Era una terrible lucha la que estaba sosteniendo consigo mismo, mientras, momentáneamente, una densa nube le impedía la clara visión de todo lo que tenía en derredor.

Le costaba trabajo respirar, y sus esfuerzos internos se convertían en continuos jadeos.

Durante tres o cuatro minutos, permaneció en aquel mismo estado, removiéndose, luchando consigo mismo.

Sintió terribles deseos de saltar a la cama donde yacía la durmiente Connie.

Terribles deseos de besarla, de estar con ella..., de hacerle el amor.

Se dominó. Trató de hacerlo.

Era un instinto animal, llevado hasta límites brutales, inconcebibles para el ser civilizado.

La lucha tremenda continuaba. Se sentía ágil, fuerte, terriblemente fuerte, capaz de cualquier cosa..., incluso de matar, si

alguien fuese capaz de contrariarle en aquellos instantes.

Aún jadeaba, mientras la neblina que envolvía su mente comenzaba a disiparse, aunque para él sólo existiese la mujer y el deseo de poseerla...

Intentó que su autodomínio predominara, y trató de pensar. Sabía cuán difícil le resultaba, en aquellas ocasiones; pero su voluntad férrea, de momento, salía vencedora de la droga.

De momento...

En su tremendo esfuerzo, retrocedió en el tiempo, a otra situación parecida.

El estaba también allí, en algún lugar de una habitación similar, en el mismo motel.

Y era Edda la que estaba en la cama. Y oía su voz...

La voz de Edda, qué pronunciaba un nombre:

«Sé que se llama Dixon, pero sé que traman algo...».

Y Edda seguía hablando:

«No sabes quién es Dixon, ¿verdad?».

Richard continuaba aferrado a su butaca, conteniendo sus impulsos...

«A veces, creo que sería capaz de matarme. Pero yo te prefiero a ti...».

«Dixon sería capaz de matarme», recalcó Richard en su mente.

Dixon... Siempre Dixon...

Y otra vez la voz de Edda, grosera, segura:

«Tú no sabes nada, querido. Pero te prefiero a ti. Mañana le daré una excusa a ese cerdo...».

Richard cerró los ojos, apretó aún más las mandíbulas. Quería levantarse, olvidarse de todo...

Entonces «presenció» otra escena, en la que intervenía un cuchillo, un grueso cuchillo.

Alguien lo empuñaba en su mano.

Richard notaba como si sus pulmones estuviesen a punto de estallar. Pugnaba por levantarse, entregarse al instinto que le obligaba la droga ingerida.

El hombre del cuchillo avanzaba hacia la cama.

Y de nuevo la voz de Edda:

«¡Richard! Deja ese cuchillo en el bolso...».

¡Era él quien empuñaba el cuchillo!

«¡No!», gritaba Edda.

Richard llevaba un cuchillo en la mano, y estaba próximo a la cama de Edda, y ella parecía aterrorizada de espanto.

El grito de Edda, el grito imaginario en los recuerdos de Richard, retumbó por toda la habitación.

Dejó de pensar. Algo se había roto... Algo que unía a Richard con la consciencia de las cosas.

En medio de una nube de recuerdos, mezclados con la realidad, el joven perdió el sentido, se desmayó, cayendo hacia delante.

Quedó en el suelo. Inmóvil.

Connie seguía dormida, respirando profundamente.

CAPÍTULO XIV

El profesor Randolph, de común acuerdo con Eva y el doctor Hasper, decidieron encontrar por su cuenta a Richard, e iniciaron las gestiones para conseguir localizarle; pero todo fue inútil.

Durante tres semanas, a partir de la desaparición del exayudante de Randolph, todo conato de búsqueda fue Inútil.

Ni siquiera la policía había conseguido localizarle.

En aquellas tres semanas, la gente que seguía el caso del asesino maniaco hubiese empezado a olvidarse del asunto, de no ser por el hallazgo de un nuevo cadáver, con todas las marcas y síntomas propios del peligroso criminal.

El cuerpo de una mujer joven, desnuda y mutilada, fue hallado en estado de descomposición en el fondo de un terraplén cerca del río, a las afueras de Londres.

En principio, la muchacha no pudo ser identificada, pero la policía hizo las comprobaciones necesarias, y la descripción de la muerta parecía corresponder a las señas de una muchacha desaparecida, según denuncia de sus compañeras de habitación.

Dos muchachas trataron de identificar el cadáver. Fue difícil, pero ambas creyeron reconocer a su compañera.

—Sí... Es Connie...

¡Connie!

Dixon, su jefe, que había llamado un par de veces a la residencia de la muchacha, acudió también al depósito, y coincidió igualmente:

—Es difícil, pero... yo diría que es ella.

Entonces las pesquisas de los agentes se encaminaron a averiguar con quién había salido Connie últimamente.

Sus compañeras lo ignoraban.

—Salía con varios chicos. No iba siempre con el mismo.

—Últimamente, conoció a uno que le caía simpático.

No. No dijo cómo se llamaba.

—Tenía que salir con él, la última noche.

—Sí. La noche que desapareció. Hace ya tios semanas.

Y la policía se encontró con que tenía que buscar a un fantasma. A alguien de quien ni siquiera se le habían podido facilitar las señas.

Mostraron la foto de Richard a las compañeras de Connie.

—No. No le habíamos visto nunca —confesaron.

Dixon también tuvo ante sus narices la foto de Richard.

—¡Un momento! —exclamó—. Creo que le conozco. Ese joven trabajaba en el laboratorio del profesor Randolph, ¿verdad?

—En efecto —dijo el inspector del Yard—. ¿Le conocía usted?

—Bueno. Creo que le vi en un par de ocasiones, cuando el profesor me habló de venderme el local para retirarse; pero ya no he vuelto a verle.

—¿Ni siquiera en compañía de Connie?

—No, por supuesto. Yo viajo bastante. Asuntos de negocios. Connie lo llevaba todo y, cuando yo regresaba, me informaba de las novedades. En realidad, yo ignoro cuáles eran las amistades de mi secretaria. Una vez terminado el trabajo, ella era libre de hacer lo que quisiera, como es natural.

No. Dixon tampoco pudo aclarar gran cosa. En todo caso, confirmó únicamente haber conocido a Richard, pero no pudo asegurar, qué hubiera salido con la chica.

Dixon no quedó muy tranquilo y, tras la marcha de la policía, llamó por teléfono. Aguardó a oír la voz al otro lado del hilo, y murmuró:

—Un inspector de Scotland Yard ha estado aquí. Esto no me gusta. Pueden hacer preguntas.

—No me llames aquí nunca más —repuso la voz quedamente.

—Necesito ayuda...

Pero del otro lado del hilo colgaron.

Aquella noche, Dixon, cargado con un par de maletas, se disponía a alejarse de Londres.

Caminaba ya por el andén, en busca del tren que se había propuesto tomar.

Un mozo se le acercó para preguntarle:

—¿Señor Dixon?

—Sí.

—Preguntón por usted... En el bar.

—Por mí, ¿quién?

—Yaya usted, por favor. Es muy importante.

Dixon dudó. Miró a lo lejos. Podía ver los cristales del bar de la estación, que le había indicado el mozo, pero no a la persona que le rogaba que fuese.

—Yo me ocuparé de sus maletas —añadió el mozo—. Tiene tiempo. Él tren no sale hasta dentro de veinte minutos.

Dixon asintió. Era un hombre realmente asustado, temeroso, y acabó dirigiéndose hacia donde le indicaba el mozo.

Momentos después, cruzaba la puerta del bar y, con la mirada, buscaba al posible conocido que le había citado.

Sus ojos se detuvieron en la persona que acababa de levantarse de una de las mesas.

Unos ojos grandes, escrutadores y serenos. Eran los ojos de una mujer. Ésta sonrió. Dixon avanzó hacia ella.

Era Eva...

El teléfono de Eva sonaba insistentemente, cuando ella regresó a su casa, a las ocho de la tarde.

Era el doctor. Habló unos momentos con la muchacha para citarla.

—Sí, doctor. Voy ahora mismo. —Colgó, dudó unos instantes y, al fin, sin quitarse el abrigo que aún llevaba puesto, salió a la calle para dirigirse a casa del doctor Hasper.

Media hora más tarde, llamaba a su puerta. Le abrió el doctor en persona.

—Pase, por favor. Disculpe que la haya llamado a estas horas, pero creo que debe estar al corriente de lo que ocurre.

Eva se mostró muy extrañada, pero su sorpresa fue mayúscula, al entrar en el despacho de Hasper.

Allí, sentado en una de las butacas, se hallaba Richard.

Se levantó al verla. Lo hizo con un cierto reparo como si temiese el enfrentamiento con ella.

—Richard... —susurró ella.

—Siento no haber dado señales de vida antes... Tenía miedo... Pero ya no miedo más.

Ella no supo qué decir. El doctor Hasper cortó la situación,

invitando a Eva para que se sentara frente al joven.

—En las circunstancias actuales, creo que sobran los cumplidos y las explicaciones. Richard quiere enfrentarse con la verdad, y por eso ha venido a verme. Quería que usted estuviese presente.

—Quiero terminar con mis dudas, Eva —dijo Richard—. Lo he estado intentando por mi cuenta...

—¿Lo has estado intentando? —inquirió ella.

—Se lo he dicho al doctor. Robó del laboratorio la dosis de droga que quedaba. Me la he estado administrando en cantidades muy pequeñas. Lo he hecho en varias ocasiones.

Nadie interrumpió las palabras de Richard que, tras una pausa, prosiguió:

—Lo hice para intentar saber de lo que sería capaz, en el estado en que la droga me somete. He conseguido averiguar muchas cosas, que antes no sabía... Sé, por ejemplo, que puedo dominarme, y sé otras muchas cosas, pero me falta la principal..., la que no me dejará vivir tranquilo hasta que descubra la verdad.

Tras un silencio, Eva quiso saber:

—¿Tomaste esa droga, cuando estabas en casa de mi tía?

—Sí, Eva. Ya se lo he dicho al doctor, pero me consta que yo no salí de la habitación. ¿Comprendes? La mujer que murió allí, no la maté yo.

Otro silencio.

—La prueba siempre termina del mismo modo. No puedo dominar la tensión, y pierdo el sentido. Cuando me recupero, han pasado horas...

Intervino Hasper para decir:

—Se ha sometido a *shocks* muy tremendos. Ya le dije que había corrido serios peligros.

—Tenía que hacerlo, doctor... —atajó Richard.

—De acuerdo. Usted pensó que tenía que hacerlo, pero está casi igual que al principio. No consigue recordar.

—¿Y esa chica, Connie? ¿Fuiste tú, también, quien estuviste con ella...? —inquirió Eva.

—Fue mi última prueba. Por eso estoy aquí...

Eva no comprendía, y el doctor Hasper le aclaró:

—Según me ha contado Richard, guardó su última dosis para hacer una prueba *in situ*. Llevó a la muchacha allí, en el mismo

escenario de la primera vez, y tomó la droga... Recordó algunas cosas parciales, pero el *shock* le venció, y perdió el conocimiento.

—¿Y qué pasó? —inquirió Eva.

—Cuando desperté —siguió Richard—. Connie seguía allí. Dormía todavía. Yo le había administrado un somnífero. No me importaba en absoluto como mujer, pero necesitaba a alguien que me recordase a Edda... Hubiera querido llevarte a ti, pero...

—No se atrevía. Dudaba de sí mismo —adujo el doctor, terminando las palabras de Richard.

Y Richard añadió:

—Ahora sé una cosa... Que a Connie no la maté... Y tampoco pude asesinar a esa Joyce...

Hizo una pausa.

—En cuanto a las otras..., sólo me queda una duda, Edda. Fue la primera vez. La dosis era muy elevada. Y sigo sin recordar el final.

—¿Y las otras...? —inquirió Eva.

—No. No pude haber sido yo. Cuando decapitaron a aquella otra chica, y tú me llamaste por teléfono, yo estaba en casa. Estaba bajo el efecto de la droga, y no quise ponerme al teléfono, pero tampoco salí...

—Entonces..., si no mataste a las otras, si estás seguro, también eres inocente del primer crimen —adujo Eva.

—Verás. En las pruebas que ha venido realizando, Richard sólo recuerda hasta el momento en que pierde el sentido... Luego, por regla general, pasa unas dos horas y media, o tres inconsciente... ¿Qué hace en esa inconsciencia? —dijo nuevamente el médico.

Se hizo un silencio.

—¿Y cómo saber la verdad? —inquirió Eva.

—El doctor Hasper tiene un medio —repuso Richard.

Eva no acababa de comprender, y, tras un largo silencio, el doctor aclaró:

—Sí. Existe un medio. No es muy seguro, pero puede dar buen resultado. Por eso la llamé a usted.

—¿Qué medio?

—Richard la necesita a usted.

—No te ocurrirá nada, Eva. Aunque yo... Aunque yo fuese un criminal, estarás siempre protegida.

—¿Quieres que...? —empezó ella.

—Que vayas al motel. Todo igual que la misma noche.

—¿Vas a drogarte...?

—No —repuso Richard—. Le he pedido al doctor Hasper que me someta a hipnosis. El puede lograr que yo «haga lo mismo que la primera noche». ¿Verdad, doctor?

Hasper asintió:

—Por lo menos, se puede intentar. No sería la primera vez que la hipnosis diera excelentes resultados.

Eva quedó sin habla.

—Sé que es peligroso, Eva. Pero no para ti. El doctor estará allí, por si... ocurriera algo desagradable. El me despertaría a tiempo.

—Está, bien, Richard. Adelante. Yo siempre he confiado en ti —murmuró Eva.

CAPÍTULO XV

Richard estaba dispuesto. Quería salir de dudas cuanto antes, y se hallaba tendido en el diván que Hasper tenía destinado a sus pacientes.

—Quiero hablar un momento con usted, doctor —había pedido Eva.

—Relájese. Está bastante excitado —dijo Hasper a Richard, y le dejó solo para pasar al gabinete.

Cuando Eva estuvo a solas con Hasper, manifestó:

—¿No se da cuenta de que esto es un arma de doble filo?

—Lo sé... Pero usted siempre creyó en él, ¿verdad?

—Sí, doctor —replicó la muchacha con una ligera vacilación.

—Lo sé, lo sé... Más que creer, lo está deseando...

—Doctor... ¿No sería mejor que continuáramos con lo que veníamos haciendo?

—¿Se refiere a seguir investigando acerca de ese Dixon?

Eva asintió.

—¿Qué ha conseguido averiguar usted?

—Poca cosa, es cierto, pero sé que ese hombre oculta algo...

—Es posible, pero...

—Doctor, de momento, y durante esta última semana, he sabido que estuvo en Australia.

—¿Y bien...?

—Richard tiene familia en Australia.

—¿Ve alguna relación?

—¡Ay! No lo sé, pero es significativo.

Hasper guardó silencio.

—Doctor... Todo empezó aquella noche que Richard vino a mi casa, después de salir del motel.

El médico asintió.

—Se lo expliqué todo, doctor. Yo le acompañé a él, y permanecí

en su apartamento, velando su sueño.

Hasper asintió de nuevo.

—Richard pasó aquella noche casi delirando, pronunciaba frases incoherentes, y no cesaba de repetir el nombre de Edda y de Dixon... y hablaba de un cuchillo.

—Y desde entonces, a usted le preocupó el nombre de Dixon.

—Intenté verle, en cuanto supe que era el que había comprado el laboratorio del profesor Randolph, pero estaba de viaje... Y entonces...

—Tranquilícese, Eva. Voy a hipnotizarle. Relájese usted también, tómese un calmante. Espere, le traeré uno. Esta misma noche puede que todo quede aclarado.

Eva quedó sola en el gabinete, mientras Hasper entró de nuevo en su despacho, donde Richard aguardaba, impaciente.

—Bien, Richard... —empezó—. Necesito, ante todo, una sumisión completa. Comprendo que usted está dispuesto a colaborar, y esto hará más fácil mi trabajo. ¿Está dispuesto?

—Cuando quiera, doctor.

—Le haré dormir. Ponga usted atención. Fíjese bien en mis pupilas, y escuche mis palabras.

Eva se había sentado también en la pieza contigua, y recordaba todo el trabajo que ella había realizado, durante aquel tiempo.

Fue a partir del asesinato de Connie, cuando los periódicos identificaron a la muchacha, y apareció en la información el nombre de Dixon.

Eva tuvo una corazonada, y en seguida redondeó una idea súbita, encaminada a descubrir la verdad.

Enterada de la muerte de la «última víctima» del maníaco, fue a visitar a Dixon para ofrecerse como secretaria.

Anticipando sus vacaciones, que le fueron concedidas en el hospital pediátrico, consiguió que Dixon le aceptara.

No fue muy difícil. Sobre todo, al darse cuenta de que Dixon era fácil de convencer, si quien lo intentaba era una mujer hermosa, poseedora de buen tipo, y que mostrara pocos prejuicios.

Eva se procuró una falda muy ceñida y extremadamente corta. Tenía las piernas muy bonitas, y unos muslos que para sí hubiese querido más de una estrella de revistas.

Cambió su peinado, y ensayó varios ademanes provocativos.

Dixon se encandiló con ella.

Recordaba ya su primera proposición, al segundo día.

—Hoy tengo poco trabajo... Si le apetece, podríamos salir antes, y luego cenar juntos.

Eva empleó el truco de las chicas que saben hacerse rogar para resultar más deseables:

—¡Qué lástima! Hoy tengo una cita con mi abuela.

La pobre está en las últimas, pero no puedo quedar mal con ella. Es por la herencia...

—¿Te gusta el dinero, eh...?

Bueno. Dixon se insinuó. Sus ojos escrutaban el cuerpo de Eva, como si pretendiesen desaojarlo de la escasa ropa que ella llevaba que, si lo cubría todo, daba la sensación de que quedaba algún lugar estratégico a medio cubrir.

—Me parece usted muy pícaro, señor Dixon. Con la cantidad de mujeres que usted habrá conocido... Siempre de viaje, ¿verdad? Usted me lo dijo. Cuénteme.

—¿Qué quiere que le cuenta?

A Dixon le gustaba hablar de sí mismo, sobre todo cuando podía hacerse el interesante delante de una mujer hermosa.

Le habló de Australia, y Eva empezó a pensar...

Siguió recordando el transcurso de aquella semana. Pensó en las excusas que tuvo que dar a Dixon, y en la forma de esquivarle, cuando el hombre parecía incontenible.

—Es que tu hermosura me exaspera. Eva. Déjame ya de una vez.

—¡Oh, oh, señor Dixon! Hoy no puede ser... Me encuentro bastante mal, ¿sabe usted? Hace un par de días que no... no sabría cómo explicárselo...

Cada vez le costaba más contenerle. Ella deseaba saber. Lo de Australia le preocupaba.

Deliberadamente, le habló de Richard, y le mostró la foto que de él habían publicado los periódicos, a raíz de lo ocurrido en Wilster.

Notó entonces que Dixon cambiaba de expresión.

—¿Por qué piensas en esas cosas?

—Porque yo también podría ser una víctima...

—¡Bah! Yo te protegeré...

—Me pregunto qué pensarán los familiares de ese sádico. Porque tendrá familia, ¿verdad?

—¡Yo qué sé!

O Dixon no sabía nada o no quería hablar, o es que sólo pensaba en ella, en su nueva secretaria: Eva.

Sin embargo, aquel último día todo había cambiado. La policía había ido a verle. Ella no estaba, pues salió un momento y, cuando regresó, vio y reconoció al mismo inspector del Yard que había estado en Wilster, en casa de su tía. Tuvo tiempo de esconderse para que no le reconociera, y luego poder subir al despacho.

Allí encontró a Dixon, visiblemente preocupado. Acababa de llamar por teléfono a alguien.

—¿Pasa algo? —preguntó ella, con ingenuidad.

—Tengo que irme, Eva... Esta tarde...

—¿Adónde?

—Al continente. Iré al continente. Ya recibirá noticias mías.

Por una vez, Dixon pareció olvidarse de la belleza de Eva, y de todas las intenciones que había abrigado hacia ella.

Por eso, Eva fue a verle, aquella tarde, en la estación.

Y recordó la escena:

—¡Eva! ¿Qué demonios quiere? Mi tren va a salir.

—Siento haberle importunado, pero es que... esta tarde ha estado la policía en el despacho. —Eva mintió deliberadamente.

—¿La policía? ¿Y qué quería la policía?

—Hablar con usted.

—¿Le dijeron sobre qué?

Eva notó que Dixon estaba asustado, y aprovechó la ocasión para soltar:

—Querían hablarle de cierta chica... Una tal Edda no sé qué más.

Dixon palideció.

—Bueno... Les dije que yo no sabía nada, que usted había salido de viaje para el continente, pero sin indicarle dónde.

—¿Y qué dijeron?

—Nada. Pareció extrañarles, pero se fueron... ¿Quién era Edda? ¿Otra secretaria anterior?

—No, no... No la conozco —repuso Dixon.

—Bueno. Pensé que debía decírselo... Lástima que se vaya, señor Dixon. Hoy estoy libre, y esta noche hubiésemos podido salir.

Por un instante, Dixon pareció prestar atención a la promesa que

encerraban las palabras de Eva, pero, al fin reaccionó y repuso:

—Hizo usted bien en avisarme, Eva... Espero..., espero que nos volvamos a ver... Adiós.

Eva le vio partir hacia el tren, pero luego se dirigió hacia los teléfonos y permaneció un rato telefoneando.

Allí le había perdido de vista, pero estaba segura de una cosa: Dixon no había tomado aquel tren.

El doctor Hasper interrumpió sus pensamientos. Había transcurrido apenas un cuarto de hora, desde que el médico se encerrara en el despacho, con Richard.

—Ya está, Eva... Puede usted pasar. Richard está dormido —dijo.

Sí. Richard dormía. Era el suyo un sueño hipnótico, esperando las órdenes de Hasper.

CAPÍTULO XVI

—Despierta, Richard —ordenó Hasper, y esperó a que su hipnotizado abriera los ojos.

—Ahora, irás con Eva al motel que tú sabes... Harás exactamente lo mismo que hiciste la primera noche. La primera noche que fuiste con Hedda a ese motel. Recuerda. Es el *bungalow* 17. La llave estará puesta. Utiliza mi coche. Está frente a la entrada. Vamos, Richard. Recuerda mis órdenes. Tienes que hacerlo todo exactamente igual.

Eva iba a recoger su bolso, pero el médico hizo un ademán para que esperase.

—Olvidamos algo... El habló de un cuchillo. Le daré eso..., guárdelo usted en el bolso, y luego, déjelo en un sitio donde él pueda verlo.

Y Hasper le facilitó el abrecartas, en forma de puñal. Poseía una empuñadura propia de los puñales y una larga hoja.

—Yo iré delante, con mi otro coche. Antes, ya arreglé lo del motel. Conviene que a él no le vean para que no puedan reconocerle. Las llaves estarán ya en la puerta. No se preocupe por nada, Eva. Yo estaré allí.

Hasper salió primero y tomó uno de los dos automóviles que poseía. Pisó el gas y salió en dirección al punto de la cita, donde debería tener lugar el descubrimiento de la verdad, encerrada en el subconsciente de Richard. Si todo salía bien, claro.

Richard tomó del brazo a Eva. Parecía hacerlo todo con absoluta normalidad. No tenía prisa, y en su rostro no se dibujaba la menor expresión; impávido y seguro, descendió la escalera hasta la calle.

—Vamos, Edda —dijo.

Sólo el confundir a Eva por Edda era la prueba de su estado hipnótico.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó ella.

—Desde luego, Edda. Tienes que conducir tú.

Eva pensó que quizá aquella noche también había sido Edda la que conducía.

Puso en marcha el automóvil, y se volvió para observarle. Richard mantenía la mirada al frente.

¿Cómo acabaría todo aquello?

Hasper les llevaba una ventaja de seis o siete minutos, y se daba prisa en llegar con la antelación suficiente, pero a pesar de tenerlo todo previsto, no contaba con los imponderables.

Hay cosas que surgen en el momento más inoportuno, como aquel camión que surgió del callejón, inesperadamente.

Hasper hizo una brusca maniobra para evitar el encontronazo, y observó que se metía sobre una pareja que iba a cruzar la calle. Hizo una nueva maniobra, pisó el freno, pero ya era demasiado tarde.

El coche fue a chocar contra la pared del parque privado del edificio.

La cabeza del doctor golpeó contra el volante, y el hombre quedó totalmente inconsciente.

Eva había tomado otra dirección, y escuchó a lo lejos la sirena de la ambulancia, pero estaba muy lejos de suponer lo que le había ocurrido al doctor Hasper.

Llegaron al motel en el tiempo previsto, y se encaminaron ambos al *bungalow* número 17, después de cruzar una buena porción del bien cuidado y floreado parque, donde se levantaban los *bungalows*.

Las llaves estaban en la puerta. Un empleado se aproximó, cuando iban a entrar, y Eva, para evitar que pudieran ver a Richard, murmuró:

—Entra de prisa...

Se quedó ella fuera, y el empleado la saludó.

—Es nuestro. Lo alquilamos por teléfono. Creo que ya está arreglado, ¿verdad?

—Sí, sí, señorita. ¿Quieren algo del bar?

—No sé, quizá luego.

El empleado saludó respetuosamente, y se alejó, mientras Eva entraba en la habitación, mirando en derredor.

Buscó a Hasper, pero no se inmutó al no hallarle.

—¿Pedimos algo? —preguntó a Richard.

—Champaña, por supuesto. Hoy me siento alegre. Muy alegre... Y quiero que tú también lo estés —repuso él, sin duda, rememorando las frases de aquella noche.

Trajeron champaña. Luego, él la besó con fría pasión, obrando como un autómatas, Eva dejó que él fuese rememorando los sucesos de aquella noche.

Sentía curiosidad, y una especie de temor, que no llegaba al miedo; quería confiar, salir de dudas sobre todo por él. Y deseaba fervientemente que todo terminara bien...

El había vuelto a besarla, deseaba amarla.

Como mujer, a Eva le dolía que él pensara hallarse físicamente con otra —con Edda—, pero estaba dispuesta a someterse para ayudarle.

Dejó el bolso sobre una mesa, y no pensó en sacar el puñal que le había proporcionado el doctor.

Ahora, Hasper, estaba en el hospital, ajeno a cuánto ocurría. Si algo sucedía en el *bungalow* del motel, Eva se hallaría sola, completamente sola.

Transcurrió el tiempo. Tomaron champaña, Richard rememoró aquella noche... Una noche cualquiera entre un hombre y una mujer. El seguía obrando a impulsos de su estado hipnótico. Tenía que hacer «todo» lo que había hecho cuando estuvo con Edda. Era de la única forma que podía llevarlo a cabo. Estando bajo los efectos de una «obligación psíquica». Lo que no podía recordar en estado normal, tendría que recordarlo en su hipnosis.

Una hora, dos...

Eva estaba en la cama, con el pelo revuelto y la mirada fija en Richard, que se había sentado en la butaca, igual que lo hiciera con Connie.

Pensaba en las palabras que pronunció Edda, aquella noche.

—¿Tenías que salir con Dixon? ¿Quién diablos es ese Dixon? —dijo en voz alta.

Eva no podía contestarle, pero no importaba. Richard seguía pensando. Recordaba... ¡Recordaba!

—Sí. Ya sé... Compró la casa... Pero ¿qué nos importa ahora?

—Es un baboso —«oía» la voz de Edda—. Un tipo repugnante. Ya veo que tú no sabes quién es...

—¡No me hables más de Dixon...!

Escuchaba las carcajadas de Edda.

—¡Cállate!

—¿Estás celoso, cariño?

—¡Cállate!

—Dixon sabe que estoy aquí —seguía oyendo a Edda, mientras, desde la cama, Eva no perdía detalle de su monólogo, porque lo que la muchacha no podía oír eran «las respuestas de Edda» porque éstas sólo estaban en el cerebro de Richard, y repiqueteaban constantemente...

—Yo sé que traman algo... ¿Sabes? Por eso llevo algo en el bolso... Para defenderme... —decía Edda.

—No hemos venido aquí para hablar de esto...

Pero Edda habló de dinero:

—Se puede ganar bastante dinero... Mucho dinero... No es tan pobre como aparenta...

—¿Dixon? —había preguntado Richard—. ¡Oh, basta! Dixon, Dixon...

—Podríamos obligarle, Richard... Seríamos dos... Por eso he salido contigo esta noche... Tenía que salir con él... Por eso te llamé por teléfono... Pero... ¿No me escuchas? Estás drogado. Lo he notado desde el primer momento. —Seguía recordando las palabras de Edda.

—¡Cállate! —repuso él, furioso.

—¿Qué te pasa?

Richard se levantó.

—Dame un cigarrillo. No tengo cigarrillos.

—En mi bolso —había replicado ella.

Y Richard se levantó de su asiento, lo hizo entonces, y lo repetía en los actuales momentos.

Abrió el bolso, ante la mirada expectante de Eva, que seguía sin comprender nada.

Buscó en el bolso, y halló el puñal abrecartas. Lo sacó.

—¿Ésta es el arma? —La tomó por la empuñadura, y la levantó, soltando una carcajada.

—¿Qué haces, Richard? Deja eso... —le había dicho Edda.

Richard avanzó hacia ella.

—Te voy a matar, maldita —exclamó él.

Edda pareció asustarse. El la veía, «creía verla», asustada, removiéndose en su cama y gritando algo.

Eva también se hallaba asustada, y se removía, mientras musitaba:

—No, Richard, no...

Pero Richard avanzaba.

—Placer y dolor... El eterno festín. Amor y sangre... ¡Sangre!

—¡No hagas bromas, Richard! —decía «Edda».

—No puedes hacer esto —musitaba Eva.

Richard soltó una carcajada. Era un momento más de su locura, producida por la droga.

Un momento más, que ahora estaba reviviendo, a causa de la hipnosis.

Y siguió riendo.

—¿Te habías asustado, eh, pequeña? —dijo a «Edda».

De pronto, sucedió algo... Richard se volvió hacia la puerta que permanecía cerrada. Pero aquel día, «cuando estaba realmente con Edda», alguien abrió bruscamente...

Eva no podía comprender por qué Richard se había vuelto, pero le oyó decir:

—¿Quién es...?

Sólo Richard podía saber quién era, en aquellos instantes, el visitante que acudió allí la noche que estuvo con Edda.

Y Richard, recordando exactamente lo ocurrido aquella vez, «vio» la silueta del hombre. La vio reflejada en la puerta. En su mente, revivía la escena en toda su intensidad.

Y recordaba la voz de la silueta.

—¡Mátala, Richard! ¡Mátala...!

Ella, desde la cama, lanzó un grito.

—¡No! —gritó Richard.

—¡Mátala! Es una vulgar mujerzuela... Mátala —repitió la voz.

—¡Richard! Tú no puedes... —repuso Edda.

El se revolvió. Seguía empuñando el puñal, y volvió a avanzar sobre el lecho donde yacía Edda... Donde yacía Eva, porque ahora era Eva.

Levantó el arma.

—¡Mátala! —repetía en su mente la voz de la silueta, avanzando hacia el interior de la habitación.

¡Mátala!

Richard levantó el puñal.

Eva se acurrucó en la cama. Ahora sentía miedo, terror...

Richard la miraba con ojos demenciales.

Luego...

Luego fue bajando el puñal lentamente, muy lentamente.

Eva lanzó un grito, sin poderse contener...

CAPÍTULO XVII

La sirena del coche de la policía dejó de sonar, al llegar al motel. Se habían reunido algunos empleados en derredor del *bungalow*.

De otro de los coches policiales se apeó el doctor Hasper que, junto con el inspector del Yard y otros policías, se aproximaron al *bungalow* número 17.

En la puerta apareció Eva. Vestida, y con la serenidad más absoluta en su rostro.

—¡Doctor! —exclamó ella.

—Sufrí un accidente. Me llevaron al hospital, Pero era una simple conmoción. Lo malo es que me ha tenido casi dos horas inconsciente. No me dejaban salir... —Hizo una pausa, y preguntó —: ¿Y él?

Eva señaló el interior de la habitación.

Entraron los policías, con el inspector y el médico delante.

Richard se hallaba en el suelo, inmóvil.

—Déjenme a mí, por favor —pidió Hasper.

El del Yard hizo una seña a sus hombres para que se retiraran, mientras Hasper atendía a Richard. Después de haberle examinado, murmuró:

—Ha sufrido un desvanecimiento. Creo que pronto se repondrá...

—Esperaremos —dijo el inspector, pero Hasper meneó la cabeza.

—No, inspector. Ahora, no. Déjenlo. Estoy seguro de que sufre un fuerte *shock* emocional. Es mejor que no le hagan preguntas. Déjenme que yo cuide de él.

El inspector dudó unos instantes, pero al fin aceptó.

—Está bien. Si usted lo cree oportuno...

—Me hago enteramente responsable.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, inspector —sonrió el médico.

Los policías se retiraron, mientras Hasper y Eva Continuaban al lado del inconsciente Richard.

El médico hizo una muda interrogación a la muchacha, que se limitó a exponer:

—Perdió el sentido. Por un momento pensé que iba a matarme... —suspiró—. Luego, cayó desmayado.

—Imagino que es exactamente lo mismo que ocurrió aquella vez.

—Entonces, eso quiere decir que él no mató a Edda... ¡Lo sabía! No pudo haberlo hecho...

—Seguro que no. El *shock* le impidió recordar...

Había tomado demasiada droga... Pero estoy seguro de que ahora podrá decirnos unas cuantas cosas más...

Richard comenzó a removerse.

—¿Y la policía? —inquirió Eva.

—Hablé con el inspector de Scotland Yard hace un par de días, acerca de Dixon. Le había pedido que la protegiera a usted.

—¡Doctor!

—Sí, Eva. Lo que usted hacía podía entrañar un peligro y, de hecho, era así... El inspector fue a mi casa para comunicarme algo. Luego se enteró de que me había ocurrido un accidente, y vino a verme para comunicarme algo. Puede usted estar tranquila, Eva. Ya han descubierto al verdadero asesino.

—¿De veras?

Richard abrió los ojos en aquel instante.

—Se lo conté todo, y quisiera hablar con Richard, pero temo que ahora necesitará descansar.

Eva se inclinó hacia el joven.

El la miró como si viese algo lejano.

—Richard... Richard. —El doctor chasqueó sus dedos frente a los ojos del joven—. ¿Se encuentra usted bien?

—Un poco aturdido, doctor...

—Vamos... Le llevaré, a mi casa. Ahora, necesita descansar. Y usted también, Eva... Esto ha sido como una pesadilla para todos.

Richard tomaba el té con Hasper y Eva. El doctor estaba hablando del descubrimiento de la policía, la noche anterior.

—Dixon había sido sometido a vigilancia; por eso fue fácil para la policía encontrarle.

—¿Dixon? —preguntó Richard.

—Sí. Estaba en el laboratorio que había adquirido al profesor Randolph. Podía entrar y salir porque poseía la llave.

—Entonces..., ¿fue él? —inquirió Eva.

—No hay duda... Le encontraron muerto. Se había colgado de una de las vigas del laboratorio, y dejó una nota escrita con su firma. Se acusaba de todas esas muertes.

—¡Dixon! —exclamó Richard, como saliendo de un largo letargo—. No sé... Todo esto me parece tan extraño... ¿Y por qué motivo lo hacía?

—Era un perturbado. Según la nota, temía que, de un momento a otro, le detuvieran, y eso le impulsó a quitarse la vida.

Richard quedó nuevamente pensativo.

—Sin embargo, hay algo más —dijo, al fin.

—¿Algo más? ¿Es que descubrió algo más, Richard? —inquirió el doctor.

—Sí... Descubrí que no podía recordar nada, por el simple hecho de que perdí el conocimiento... Yo no maté a Edda. Tomé el cuchillo que ella guardaba para protegerse, y lo esgrimí, pero no para matarla. Era como una broma, producida por mi propia excitación. Luego, entró él en el *bungalow*, y me instó a que la matara... Me dijo que era una mujerzuela... Pero ahora comprendo por qué quería que la matase... Ella estaba dispuesta a hacerle chantaje, porque había descubierto algo... Y porque...

Se detuvo. Miró fijamente al doctor. Recordaba cosas, muchas cosas. Nombres y datos... Y tenía una imagen fija en su cabeza.

—Siga —instó el doctor.

Richard se quedó con la mirada clavada en el médico. Luego se volvió hacia Eva.

—¿Por qué no sigues? —preguntó Eva.

—¿Es que no adivinan la verdad? ¡Dios mío! ¡Es terrible! ¡Es terrible!

CAPÍTULO XVIII

Los periódicos dieron cuenta del suicidio de Dixon, a quien se le imputaron los crímenes ocurridos en Londres y el de Wilster, según propia declaración, firmada por el suicida.

La policía averiguó que, para matar a Joyce, en Wilster, utilizó un coche de los que se hallaban aparcados en la plaza, y lo condujo hasta las ruinas del castillo, devolviéndolo, una vez muerta la muchacha. Con las demás se amparó en la nocturnidad, y consiguió la impunidad, gracias a que no existían testigos de sus salidas con sus futuras víctimas.

La fotografía de Dixon se publicó en varios periódicos. Así quedaba cerrado el caso.

Tres días más tarde, el doctor Hasper acudió a la fiesta tradicional de su club de caza, e invitó a Eva y a Richard, quien había declarado exhaustivamente ante la policía, contando, además, todas sus experiencias, por las que fue paternalmente amonestado.

Luego había estado hablando largamente con el superintendente del asunto, y después...

Pero vayamos por partes.

La fiesta se estaba desarrollando con absoluta normalidad. Richard, en el jardín del club de campo, aprovechaba un paréntesis para besar a Eva.

—¿Sigues preocupado? —inquirió ella.

—Un poco, pero sé que todo se solucionará.

—Te han admitido en los laboratorios, y te darán un buen cargo —recordó ella.

—Hasper ha sido muy amable conmigo, y tú también me has ayudado mucho, Eva —volvió a besarla.

En aquel momento, Hasper se aproximó con un par de miembros del club. Quería presentar a la pareja.

Se intercambiaron frases intrascendentes. Luego, el médico, al

quedarse a solas con la pareja, inquirió:

—Sueno... Tengo derecho a saber cuándo es la boda. ¿Eh?

—Todavía no está decidido, doctor —sonrió Richard—. Pero, desde luego, será el primero en saberlo.

Otro viejo conocido se aproximó; era el profesor Randolph, invitado por otro miembro del club, que se sumó a los saludos y a las felicitaciones...

—Los periódicos han hablado bastante de ustedes, últimamente. Sobre todo, de usted, Eva... Fue muy arriesgado, por su parte, meterse a trabajar con Dixon. Podía haberla atacado en la misma oficina.

—Quería saber todo lo posible acerca de él. Alguien tenía que ayudar a Richard.

—Ella siempre creyó en mí —adujo Richard.

—Algunas veces, llegué a dudar, querido, pero nunca tuve miedo. En todo caso, sentía que pudiese ser verdad, por ti mismo...

—¿Lo ve, Richard? Las almas buenas siempre reciben la recompensa —sonrió Randolph.

—Lo importante, creo yo, es que la causa de esas muertes no haya sido esa droga... Usted dijo que la hace principal era la sangre, y eso...

—¡Bah! Esas historias de sangre son para las películas de terror. Todo ha sido más simple. Dixon era un perturbado. ¡Quién lo hubiera pensado! Parecía una persona normal.

—¿Le conocía usted mucho? —inquirió Eva.

—Pues no, la verdad. Hablamos algunas veces. Sabía que se dedicaba a la compra-venta de casas y terrenos, y le ofrecí el mío. En realidad, jamás tuve grandes relaciones con él. Y me alegro... Bueno, pareja, no les molesto más.

—¡Profesor! ¿Piensa volver a España? —preguntó Richard.

—Pues, seguramente... O a otro sitio. Un lugar donde haya sol —sonrió y añadió—: Por cierto, Richard, quisiera hablar con usted de algo relacionado con el laboratorio. No viene de un día... A su gusto.

—Ahora mismo, si lo desea.

Eva se excusó.

—¡Oh, no se vaya! No es ningún secreto.

—Sí, Eva, quédate —pidió Richard.

—Vamos a sentarnos allí. —Y señaló un banco de piedra, semioculto por los altos setos que formaban laberínticos rincones en el bien cuidado jardín del club.

Anduvieron unos cuantos metros, oyendo, desde el interior, los compases de la música. Fuera, empezaba a soplar un viento molesto.

—Hace frío aquí —murmuró Eva.

—No voy a entretenerles mucho. En realidad..., no van a notar el frío.

Randolph había sacado rápidamente un revólver automático de su bolsillo, y, casi al mismo tiempo, se situó detrás de la muchacha.

Ni Richard ni Eva se mostraron demasiado sorprendidos.

Randolph amenazó:

—Ya basta de comedia... Ustedes saben la verdad... A usted, Richard, debí haberle eliminado mucho antes... Sé que ha estado tratando de descubrir lo que ocurrió j la primera noche... Y ella no ha cesado, en todo ese tiempo, de andar husmeando.

—Suéltela, Randolph —murmuró Richard serenamente—. No conseguiré nada. Lo sabemos todo, y la policía también. Sólo les falta una prueba... Un nuevo paso en falso del «verdadero asesino». De usted.

—Sé que me vigilan, Richard. ¡Cuidado! No se mueva... Este revólver lleva un silenciador. Nadie oirá nada. Todo está previsto. Les sacaré de aquí. Nadie sabe dónde estoy. No soy tan idiota. He dado esquinazo a la policía... Estoy en esta fiesta como un invitado más. Ustedes desaparecerán, sin dejar rastro, y, por más que lo intenten, jamás obtendrán una prueba contra mí. Lo que hayan podido contar a la policía seguirá siendo una hipótesis...

—Pero usted necesitará matar a más mujeres para obtener ese plasma que necesita para perfeccionar su maldita droga.

—El mundo es grande, Richard. Y yo tengo dinero.

—Sí, profesor. El dinero de su esposa.

—¿También sabe esto?

—Lo sé casi todo, Randolph. Y Edda también lo sabía... Y quería hacerle chantaje... Ella sabía que usted mató a su esposa, pero antes le hizo firmar unos documentos... Ella estaba medio loca por culpa suya, Randolph. Usted, con sus drogas y experimentos, llegó a atontarla, y así pudo conseguir que ella, sin saber lo que firmaba,

cambiara la parte más importante de su testamento, pues estaba dispuesta a legarlo todo a una sociedad porque tenía motivos para aborrecerle.

—Muy interesante. Siga, Richard.

—Era difícil hacerse a la idea de que llevaba usted una doble vida. La del resignado investigador, falto de recursos, con una mujer enferma e intratable; pero, en realidad, era un ser soberbio y enloquecido, capaz de llegar hasta el crimen.

—Si... Edda era muy curiosa, y yo, en alguna ocasión, habló demasiado, por lo que ella comprendió.

—Y por eso decidió matarla también. Aquella noche la siguió. Sabía que yo estaba con ella. La hubiese matado antes, pero llegué yo, y usted tuvo que retrasar sus planes, pero fue por poco tiempo. Nos siguió a los dos, y, seguramente por mi comportamiento, dedujo que yo no estaba en estado normal. La mató en el mismo *bungalow*... Porque fue usted, Randolph, fue usted y no Dixon.

Hizo una pausa, y añadió:

—Me pidió que la asesinara con aquel puñal que ella llevaba para defenderse, pero yo ni pude hacerlo, ni lo hubiese hecho. Caí desmayado, y usted la mató. Cuando desperté, ella seguía en la cama. Yo no pude darme cuenta de nada, pues aún estaba medio inconsciente, y salí de allí... Luego, a la mañana siguiente, como un estúpido, fui a contarle lo que usted ya sabía. A partir de aquel momento, se decidió a seguirme... Mataba a las mujeres que pudieran haber sido vistas conmigo..., como a Joyce, por ejemplo. ¡Yo le facilitaba las víctimas! Las víctimas que usted necesitaba para sus experimentos...

Hizo una nueva pausa, y añadió:

—Necesitaba su sangre y, para que la autopsia no pudiera revelar los auténticos prepósitos, las destrozaba para que todos creyeran que era la obra de un sádico. Y en realidad, era así, pero disimulaba las extracciones de sangre, que usted realizaba de forma repugnante...

—Eso jamás podrá probarse, Richard. Yo estaba en España...

—No, Randolph, usted no estaba en España... Era Dixon, y eso se podrá comprobar con la fotografía que ya tienen en todos los hoteles donde él se hospedó, utilizando su nombre y con pasaporte falso.

—Eso no constituirá ninguna prueba contra mí, Richard. Faltaría probar mi complicidad con Dixon. Los que podrían probarla están muertos.

—Edda lo sabía... Cuando me hablaba de Dixon, era por mezclarle a usted...

Y aún siguió:

—Decía que eran un par de farsantes..., que estaban tramando algo..., y sospechaba que la firma Dixon y Chandler no era otra que Dixon y Squaw... Y eso sí podrá probarse, profesor, y le detendrán...

—Lo siento, Richard. Ya no puedo perder más tiempo —repuso Randolph, apuntando a la sien de Eva.

—¡Ya puede salir, inspector! ¡Deténgale! —exclamó, entonces, el joven.

Randolph se removió, Inquieto. Fue una fracción de segundo. Eva empujó al profesor, mientras Richard se lanzaba sobre él.

El arma que empuñaba el asesino se disparó en el aire, pero Richard, con una llave, consiguió doblar el brazo armado de Randolph, y hacer que el revólver cayera al suelo.

Reaccionó Randolph, intentando contraatacar, pero Richard conectó un potente directo al rostro de su antagonista, que tuvo un doble efecto. El primero fue mandar al profesor contra el suelo, y segundo, le movió algo del rostro, algo que se desencajó... Era una especie de mascarilla, sumamente ajustada, con la que se cubría su propio rostro.

Una mascarilla que le daba su fisonomía habitual, con un rostro que no podía poseer un hombre que, como Randolph, había tomado demasiadas dosis de aquella droga que envejecía prematuramente y que producía estragos en la piel.

Richard levantó a Randolph, y le sacudió en el estómago un par de veces, dejándole indefenso.

La mascarilla se soltó por completo, y entonces apareció el rostro del vicio, la faz del hombre corrompido por aquella droga demoníaca.

Randolph lanzó un grito, y se llevó las manos a la cara, tratando de cubrir lo que Eva ya había visto, lanzando un grito de horror.

Con los ojos profundamente hundidos, empequeñecidos, bajo unas terribles bolsas y la piel rugosa, envilecida, causaba auténtico

pavor enfrentarse con aquella faz demoníaca.

El profesor trató de huir, conteniendo el dolor de los golpes recibidos, pero Richard tomó el revólver, quitó el silenciador y disparó al aire.

En seguida surgieron voces.

—¡Quieto, profesor! —ordenó Richard.

Jadeante, Randolph no, quiso ceder, se apoyó a la barandilla para saltar a la carretera. Calculó mal, y se estrelló contra el suelo. No había mucha altura, pero fue suficiente para que, con algún hueso roto, a causa de la caída, ya no pudiera levantarse.

EPÍLOGO

El inspector del Yard, en su propio despacho, despejó las últimas incógnitas del caso, en presencia de Richard, de Eva y de Hasper, que, de un modo u otro, habían sido protagonistas del caso, ya resuelto.

—Desde luego, se ha comprobado que Dixon, utilizando pasaporte falso, a nombre de Randolph, fue quien viajó por España, consiguiendo así una perfecta coartada.

Y el policía siguió:

—En cuanto a las postales que escribía, ni la letra ni la firma eran un obstáculo para pensar que pudieran haber sido redactadas por otra persona; en primer lugar porque, desde que Randolph se asoció con Dixon, intercambiaban sus escritos. O sea que muchas de las cosas firmadas y escritas por el profesor, lo habían sido, en realidad, por Dixon. Era ya una forma de proceder para prevenir posibles coartadas.

—¿Y qué fin tenía esa asociación?

—Randolph necesitaba un cómplice para escamotear el dinero que su esposa invertía por su cuenta, pero esto ya es otra historia. Resumiéndola, les puedo decir que, mediante la interceptación de las cartas de su mujer, pidiendo un consejero a determinada firma, Randolph se las arregló para hacer aparecer a Dixon para que su esposa Evelyn confiara en él, y, de este modo, poder disponer del dinero. Luego, no se conformó con esto; la hizo enfermar progresivamente, hasta matarla.

—¿Y el suicidio de Dixon? —preguntó el doctor Hasper.

—No fue tal suicidio, por supuesto, sino un asesinato... Dixon tenía bastante miedo, y trató de escapar, pero Randolph le seguía...

—Entonces —adujo Eva—, debió verme hablar con él, en la estación Victoria.

—Supo, desde el primer momento, que usted se había ofrecido

como secretaria, y comprendió su juego.

—Pudo haberte matado —adujo Richard a su vez.

—Debió pensarlo, sin duda, pero él intentó siempre que los crímenes fuesen relacionados con usted. —Y el policía señaló a Richard—. Y por otra parte, desde que el doctor Hasper nos avisó, teníamos a Dixon vigilado. Desgraciadamente, el día de su muerte nos despistó, y perdimos el rastro. Más tarde, uno de los agentes de vigilancia en el sector del laboratorio, creyó haber oído raido, y nos advirtió. Fuimos allí, y encontramos a Dixon, ya cadáver, colgando de la viga. No hay duda de que Randolph, temeroso de que su miedo pudiera hacerle cometer alguna tontería, prefirió eliminarle. En cuanto a la nota encontrada, en apariencia firmada por el propio Dixon, la había escrito Randolph, seguro de que no podríamos sospechar, ya que si comprobábamos los apuntes y firma de Dixon en su propio despacho de la City, hubiésemos advertido que se trataba de la misma letra, precisamente por ese intercambio de escritura entre ambos.

Luego, dirigiéndose a Richard, añadió:

—Claro que cuando usted declaró todo lo que había recordado, y después de comprobar que la pretendida estancia de Randolph en el extranjero era falsa, la cosa empezó a estar más clara; pero seguíamos careciendo de pruebas. Un día u otro tenía que dar el paso en falso, y lo dio justamente en esa fiesta, en la que había planeado eliminarles a ustedes... Se portó muy bien, y debo felicitarle —sonrió el inspector, dirigiéndose a Richard.

—¿Ha confesado? —inquirió Eva.

—Absolutamente todo. Sin la droga, es un hombre vencido. Ahora está en el hospital. Será muy difícil que pueda llegar al juicio. Su estado es grave. No sabemos cuánto tiempo hubiese conseguido vivir, ingiriendo la droga. Es lo único que no ha querido revelar.

—Tal vez sea mejor, inspector —murmuró Eva.

—Sí, quizá tenga razón. Hay cosas que no debieran descubrirse jamás...

Una llamada interrumpió la conversación. El policía permaneció hablando por teléfono unos momentos. Luego, tras colgar, murmuró:

—Randolph ha muerto. Acaban de comunicármelo ahora.

En la calle ya, Hasper tomó su coche para ir a su trabajo. Richard y Eva se alejaron también, y él comentó:
—Este fin de semana me gustaría ir a Wilster, a casa de tu tía...
—Es una buena idea, Richard. Iremos los dos —repuso Eva.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



